JOAQUÍN VELA y ENRIQUE SIERRA

Las Pavas

HISTORIETA CÓMICO-VODEVILESCA

en dos actos, divididos en ocho cuadros,

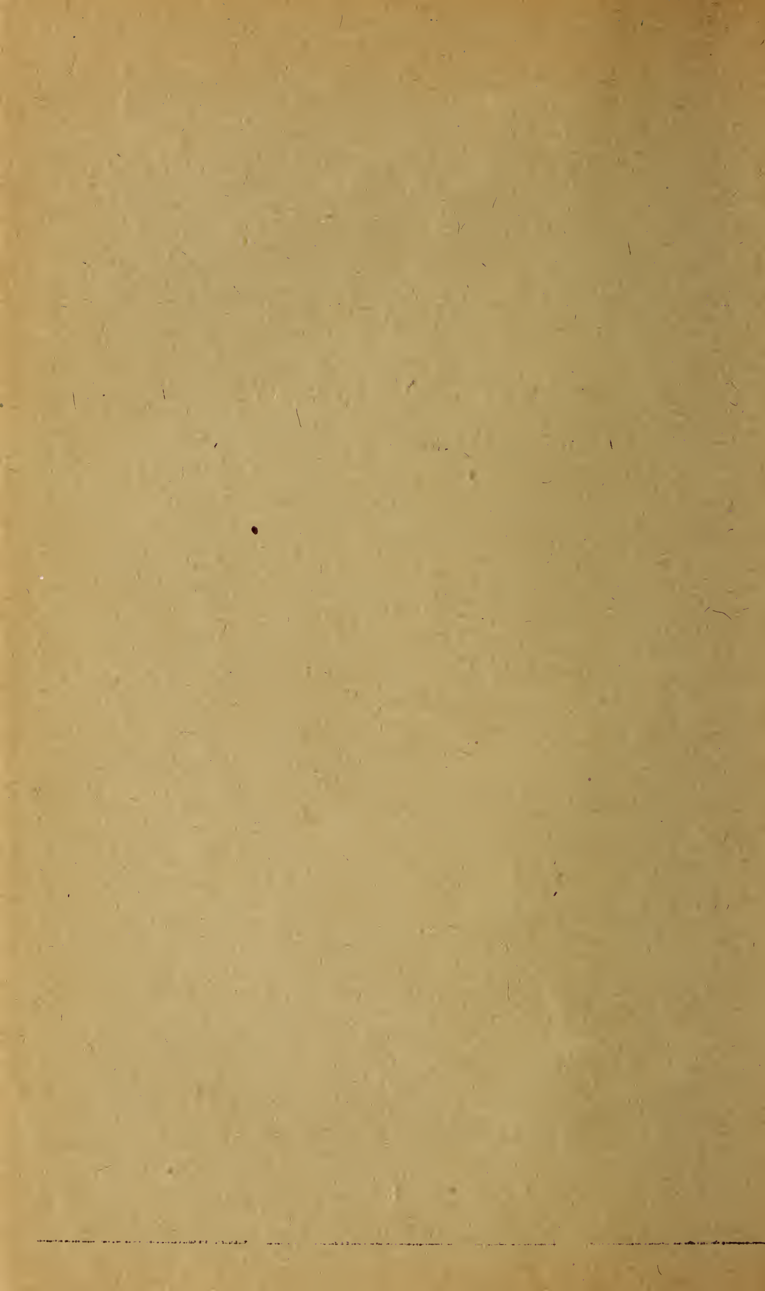
ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

ERNESTO ROSILLO

PRIMERA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1931



LAS PAVAS

LAS PAVAS

HISTORIETA CÓMICO-VODEVILESCA

en dos actos, divididos en ocho cuadros

ORIGINAL DE

JOAQUÍN VELA Y ENRIQUE SIERRA

MÚSICA DEL MAESTRO

ERNESTO ROSILLO

Estrenada con éxito grandioso
en el TEATRO ESLAVA, de Madrid, la noche
del 21 de Mayo de 1931

PRIMERA EDICION

1931

GRÁFICA VICTORIA

Benito Gutiérrez, 15

MADRID

A

Ramón María Moreno

nuestro entrañable amigo,
con un fuerte abrazo

Vela-Sierra-Rosillo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEPITA, LA CHARLESTON . LA DEL BROADWAY . . .	Laura Pinillos.
ANUNCIA . . . . DIABLILLO	Olvido Rodríguez.
FRASQUITA	Paquita López.
AURORA . . . . COLEGIALA . . . . EL DEL BROADWAY . . .	Lina Santamaría.
LIBERATA.	Esperanza Hidalgo.
LILÍ.	Conchita Ballesta.
DONCELLA 1.ª	Aurea Azcárraga.
IDEM 2.ª	Nita Guerri.
DON PANTALEÓN	Ignacio León.
DON BASILISO	Mariano Ozores.
TEODOMIRO	Manuel Alares.
OLIMPIO	José Rovira.
VERÓNICO	Vicente Gómez Bur.
RAMIRO	Mateo Vilches.

Pavas.-Las del Galvestón.-Botones.-Doncellas. Colegialas.-Diablillos.-Las de la inyección.-Las del Broadway.-Las del número final.

El bailarín *Sr. Becerra* intervino con gran éxito en los bailables del Galvestón y del Broadway.

Decorado de Colmenero.
Bocetos y figurines de Mariano Ozores.
Sastrería de Peris Hermanos.
Bailables puestos en escena por el profesor Becerra.
Dirección de escena, a cargo de Mariano Ozores.
Maestros directores y concertadores, Fuentes y Cabas.

La acción en Villardorosa de la Sultana, pueblo imaginario que se supone enclavado en la costa andaluza.

Epoca actual.—Lados, los del actor.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Terraza del establecimiento Balneario de Villardorosa de la Sultana, pueblo que se supone enclavado en Andalucía. A la izquierda, fachada y entrada del Hotel del más puro estilo andaluz. Al foro, cerrando la escena, balaustrada de mosaico, caprichosa, adornada con flores y tiestos. A lo lejos, perspectiva de campo y montañas. Cierran la escena por la derecha algunos frondosos árboles y un emparrado, o cosa análoga, buscando siempre un estilo andaluz, alegre y luminoso. Distribuídos convenientemente por escena, un veladorcito de paja con sillas de igual clase, una gran butaca de playa de espaldas al público, un banco de azulejos adosado a una pared o a la balaustrada. Es por la mañana y en primavera. Mucha luz en la escena.

(Al levantarse el telón se oyen sonar insistentemente varios timbres. Salen disparadas por la derecha la DONCELLA 1.ª y por la izquierda la DONCELLA 2.ª, llevando la primera un vaso con agua, y la segunda un frasquito. Tropiezan una con otra en el centro de la escena. Todo este principio muy animado y movido.

DONC. 1.ª ¡Agua va!

DONC. 2.ª ¡Vaya prisa!

DONC. 1.ª ¡Cuidao, tú! (Tropezando con ella.)

DONC. 2.ª Es que me han pedío el éter al 24, que se ha desmayao la señora por causa de su marío.

DONC. 1.ª Y a mí la antiespasmódica, al 39, que el marío se ha puesto bruto y le está arreando a Doña Consuelo. (*Cesan los timbres.*)

DONC. 2.ª ¡Ay, hija, qué asco de hombres! (*Por la derecha sale* LILÍ *desolada y como huyendo de alguien. Es joven y guapa.*)

LILI ¡Mariquilla!... ¡Petrita!... Defiéndanme ustedes.

DONC. 2.ª ¿De quién, señorita?

LILI De ese sinvergüenza, que me quiere abrazar.

DONC. 1.ª No se apure usté, que nosotras la defenderemos. (*A la izquierda, por detrás del Hotel, suena el ruido de una descomunal bofetada, y enseguida sale* AURORA, *también guapa y joven, encarándose con alguien que se supone dentro.*)

AURO. ¡Anda, toma! ¡Por frésco, por abusón y por sátiro!... (*Vuelven a sonar los timbres y salen de estampía las dos Doncellas, que se van por la puerta del hotel.*)

DONC. 2.ª Con permiso.

DONC. 1.ª Voy corriendo. (*Mutis ambas.*)

LILI ¿Qué le ha ocurrido a usted?

AURO. Lo de siempre: que estábamos desayunando y el bestia de mi marido se ha empeñado en darme un bocadillo... y yo le he dado una torta.

LILI ¿De Alcázar?

AURO. De padre y muy señor mío. (*Por el Establecimiento aparece* DOÑA LIBERATA, *una vieja presumida y ridícula, muy ordinaria y andaluza cerradísima.*)

LIBE. He oído argo azí como una chuleta. ¿Hago farta?

AURO. ¡Ay, Doña Liberata! ¡Cómo están los hombres de este pueblo! Se pasan todo el día y toda la noche pensando en lo mismo; los solteros en sus novias, los casados en sus mujeres y los viudos... en hacer viajes à la capital.

LILI Pero ¿cuándo se querrán convencer nuestros maridos de que nos fastidian?

AURO. Yo os aseguro que a mí, desde hace una temporada, la sola presencia de un hombre me produce horror.

LILI — Y a mí.

LIBE. — Pues, ¿y a mí? Y lo peó es que a mi marío le ha dao por ponerze como zi acabáramoz de conzumí el lazo ***murciá***.

AURO. — Al mío le sucede lo mismo.

LILI — Y al mío. (Por la derecha llega lloriqueando ANUNCIA, una encantadora jovencita de gesto medroso y humilde.)

ANUN. — (Que se abraza haciendo pucheros, a sus amigas.) ¡Ay Doña Aurora!... ¡Ay, Lilí!... ¡Ay, doña Liberata!... ¡Qué desgraciada soy!

AURO. — ¿Qué te pasa, Anuncita?

ANUN. — Que no he podido dormir en toda la noche; que estoy en el jardín desde el amanecer.

LILI — Entonces... ¿Teodomiro...?

ANUN. — Aproveché un momento en que se quedó dormido en una butaca y salí huyendo de la habitación.

LIBE. — ¡Bien hecho!

ANUN. — Yo no puedo más. ¡Qué horrible es un viaje de novios!

AURO. — Pero él, ¿insiste?

ANUN. — Con más tenacidad que nunca. Dice que nos hemos casado para eso.

LIBE. — ¡Zinvergüenza!

ANUN. — ¡Yo quiero descasarme! (Llora.) Yo no quiero estar cerca de ningún hombre, Doña Liberata!

AURO. — (Mirando hacia la derecha.) ¡Allí viene otra vez Don Basiliso! ¡Nos ha visto!... ¡Corre hacia nosotras!

LILI — (Aterrada.) ¡Ay, protéjanme ustedes!

LIBE. — Amonoz.

BASIL. — (Dentro.) Monina, aguarda...

TODAS — ¡Ay! (Dan un grito y salen corriendo por la izquierda. Por la derecha sale como una centella DON BASILISO, con los ojos brillantes y gesto de fiera. Es hombre de unos cincuenta años, gesto agrio, voz de trueno, facciones duras y facha de hidalgo antiguo. Usa bigote y gran perilla. Se dirige a la izquierda rapidísimo.

BASIL. — Espera, espera, monina. (Transición. Desesperado.) ¡Aguarda, infame! Huye como siempre y como todas. Esto clama al cielo y yo nece-

sito matar a los causantes de mi desgracia. (*Excitadísimo saca un revólver y apunta hacia la silla de playa. De detrás de ésta, saca la cabeza* DON PANTALEÓN. *Es el Director del Establecimiento. Hombre maduro, con cara de ordinariote.*)

PANT. Don Basiliso, ¿quiere usted trasladar el tiro nacional a otro lado?

BASIL. ¿Usted, canalla? Si es precisamente a quien quiero triturar.

PANT. Desvíe la ametralladora, que soy cardiaco.

BASIL. Y que ya sabe que donde pongo el ojo, pongo la bala. Y si no, prueba al canto. ¿Usted ve aquel ave que acaba de posarse en un árbol? (*Señala hacia el foro.*)

PANT. Veo una mota insignificante.

BASIL. Pues, fíjese. (*Apunta hacia donde indicó, con el revólver, pero en tal momento aparece en la balaustrada una mano que se agita, como indicando que no tiren.*)

PANT. ¡Caray!... ¿Quién nos saluda? (*Por la balaustrada asoma la cabeza* DON OLIMPIO. *Médico del Balneario, hombre atildado y correcto. Viste traje de dril o de playa, y usa barba pequeña.*)

OLIM. Don Basiliso: ¿quiere usted escoger otro volátil, que estoy yo aquí?

PANT. ¿Cómo está usted ahí, Don Olimpio?

OLIM. Muy mal. Subido a la parra del jardín y agarrado a la balaustrada con todas mis fuerzas. (*Los otros le ayudan a subir a escena.*)

BASIL. ¡Ira del diablo! ¿Puede saberse qué hacía usted en tal lugar?

OLIM. Lo que Don Pantaleón. Espiar, oir a las señoras, convencerme una vez más de la triste realidad y del conflicto espantoso que se nos presenta.

BASIL. Y que lo solucionan ustedes pronto o les pego un balazo en la cabeza que se les salen las virutas.

PANT. Pero, ¿nosotros qué culpa tenemos de que todas las gachís de este pueblo y las forasteras que vienen al balneario se hayan puesto... del modo que se han puesto?

OLIM. Mi mujer, en cuanto la intento acariciar, huye despavorida.

PANT. La mía hace más.

OLIM. ¿Más?

PANT. Me sacude cada tortazo en cuanto me acerco a ella, que un día voy a salir de casa con las narices envueltas en un periódico.

BASIL. Ustedes, al fin y al cabo, ya han disfrutado con sus señoras bastante tiempo. Pero, ¿y yo? Pásese usted la vida en pleno celibato, ahorrando lo poco que podía de mi paga de alabardero, pida usted el retiro, busque una mujer para su recreo y solaz, y gástese usted en ella los ahorros de quince años, para que cuando llega el momento de gozar de la vida y de la... juventud, le suceda a usted esto. (Furioso.) ¡No! ¡No! ¡Y no!

PANT. Se me ocurre a mí una cosa. ¿Si será que quieren gastarnos una broma y se han puesto todas de acuerdo?

BASIL. ¿De acuerdo todas las mujeres? ¡Qué disparates dice este hombre!

OLIM. Yo creo, señores, que se trata de una enfermedad epidémica, que ataca a las mujeres solamente, haciéndoles aborrecer todo contacto con el sexo masculino.

BASIL. Y eso, ¡vive el cielo!, ¿a qué obedece?

OLIM. Yo, por el pronto, me he dedicado a analizar los alimentos.

BASIL. ¡Hombre, eso está bien! Así se habrá usted convencido de las porquerías que nos dan de comer en este balneario.

OLIM. En las verduras y legumbres no he encontrado nada de particular. La carne y el vino son completamente puros.

BASIL. ¿Y la leche?

PANT. Hombre, la leche de aquí es completamente pura. Contiene lo que suele contener siempre: cincuenta por ciento de agua, algo de almidón, un poco de yeso... Nada, completamente pura.

BASIL. Usted ¿qué entiende de eso?

PANT. ¡Caballero! Yo estoy aquí de Director del balneario, por oposición.

OLIM. Pues usted dirá qué hacemos, porque esto

es un descrédito para el Establecimiento. Y lo peor de todo es que ya se sabe hasta en Madrid.

PANT. ¡Mi tia la loca! Pero ¿es verdad?

OLIM. «La Voz» da en términos humorísticos la noticia (*Saca un periódico y lee.*) «En Villardorosa las mujeres huyen de sus maridos y ni para pedirles dinero se acercan».

PANT. ¡Mi ruina!

BASIL. ¡Me alegro!

OLIM. Y además, el corresponsal pone de su cosecha y afirma que, en vista de la actitud insulsa de ellas, hemos dado en llamarles «las pavas».

BASIL. Y tan pavas, ¡voto al chápiro!

PANT. ¡Que más quisiera yo! Que se convirtieran en pavas... ¡y fuera Navidad!

OSCURO Y MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón fantástico, en primer término, representando un pavo real de brillantes colores. Decorado moderno. Sale la PAVA 1.ª, vistiendo un traje fantasía con un adorno que imita la cola extendida de un pavo.

Música

PAVA 1.ª

Como soy tan pava
me dejaba
siempre por los pavos
conquistar;
mas me inquieta
que, coqueta,
digan que me alabo,
porque temo
que algún día
se me suba el pavo.

Pavita soy,
pavita sosa,
por eso estoy
indiferente al amor.
Por mi rubor
de pava sosa
me han de llamar
la vergonzosa
pavita.
Pavita soy
que, nunca ansiosa,
no sé lo que es
de amor sentir la ilusion.
Pavita soy
que no conoce el placer,
no supo nunca querer.
mi corazón.

(Salen las pavitas y repiten toda la primera letra. Trajes fantasía por el estilo de la Pava 1.[a]. Todo el número evolucionado, imitando los movimientos pausados y lánguidos de un pavo. Terminado el número, oscuro y desaparece el telón, quedando la escena como estaba.

Hablado

(Don Pantaleón, Don Basiliso y Don Olimpio terminan de leer el periódico.)

OLIM. Eh, ¿qué les parece?

PANT. Pues ustedes dirán qué hacemos, porque esto es un descrédito para el Balneario.

BASIL. A mi juicio, conviene enterarse de si la epidemia es general. (Dentro se oye un gran ruido de cacharros rotos.)

PANT. ¿Qué ruido es ese? (Por la derecha sale RAMIRO rápidamente. Es un joven bañista. Se tapa con un pañuelo un chichón que trae en la cabeza.)

RAM. ¡Ay Don Olimpio, por favor! Póngame algo aquí, que este chichón crece de un modo espantoso.

OLIM. (Reconociéndoselo.) ¿Qué es esto?, amigo Ramiro.

RAM. Un jarrón que me ha tirado mi mujer al

acercarme a ella. Yo no sé lo que la ocurre desde hace unos días. (Los otros cambian una seña de inteligencia.)

PANT. Esto no es nada. Vaya usted y que Frasquita la camarera, le ponga ahí una perra chica.

RAM. Si, señor. (Medio mutis).

PANT. Oiga. Si no basta una chica, que se la ponga... de diez céntimos.

RAM. Si, señor. (Váse por el Establecimiento.)

PANT. Bueno, habrán visto ustedes que todas están en la misma actitud. Y lo malo es que a mí también me ha atacao la enfermedá... pero al revés que a ellas.

BASIL. ¿Como?

PANT. De esto que no se enteren ni las moscas. Secreto de confesión. (Les coge de la mano misteriosamente y les dice en tono muy bajo.) ¿Ustedes recuerdan que yo era antes muy friolero? ¿Ustedes no me han visto a mí con 39 a la sombra y llevando una bufandita?

LOS DOS Sí, sí...

PANT. Ustedes se acordarán también de aquel verano que se fué mi mujer a Santander y tenía yo que irme todas las noches al cuarto de Frasquita, la camarera, porque da al Mediodía. Bueno; pues desde que ha surgido la epidemia y me paso sin echar un párrafo con una señora una semana..., pues que veo a una gachí que me gusta y me entra un sofoco y una calor interna, que me tengo que quitar hasta la camiseta.

OLIM. Sí que es chocante.

PANT. Ná, que en cuanto veo una socia aceptable, me molesta el cuello, me molesta la americana y me molesta todo. Y en vista de eso... ¡No... no lo digo!

OLIM. ¿Que?

PANT. No, no... Me da mucha vergüenza... Uno, al fin y al cabó, es pudoroso...

BASIL. ¡Rayos! Acabe de una vez.

PANT. Pues que... (Muy avergonzado.) llevo calzoncillos cortos. (Hace un gesto de pudor.)

BASIL. ¡Qué indecente!

PANT. Pero, por favor; no lo digan, que no lo sabe nadie.

OLIM. ¿Nadie?

PANT. Su mujer de usted nada más.

OLIM. ¿Eh...?

PANT. Se lo ha dicho la mía. (Por el Establecimiento sale FRASQUITA, camarera lindísima, con su faldita corta, sus bracitos al aire, etc. Es pizpireta y andaluza hasta dejarlo de sobra.)

FRASQ. Don «Basilisco».

BASIL. (Furioso.) ¡¡¡Como!!!

FRASQ. Don «Basilisco». ¿He dicho mal?

BASIL. Don Basiliso..., ¡idiota!

FRASQ. ¡Grasia! ¡Que fino! Der comeó preguntan si sube usté a tomá er tente en pié de toas las mañanas.

BASIL. Ahora voy.

FRASQ. Mu bien. (Se dispone a recoger en una bandeja un servicio de té que habrá sobre la mesita.)

BASIL. (Al mutis por el Establecimiento.) Y ya lo saben ustedes: o en cuarenta y ocho horas solucionan el asunto y deja mi Lilí de ser un corcho, o despídanse de la masa encefálica. (Váse).

OLIM. (Aparte a Pantaleón, señalando a Frasquita.) Vamos, aproveche usted ahora.

PANT. ¿Como...?

OLIM. Con Frasquita, hombre. Si esta falla, ya no hay duda, es una epidemia. (Se oculta por la izquierda.)

PANT. Voy allá. (Contempla a Frasquita que, vuelta de espaldas a él, recoge el servicio). La verdad es que no me había fijao yo en esta chica. (A ella se le cae algo al suelo y se agacha para recogerlo). ¡La vértiga! ¡Ya tengo el sofoco! (Se seca el sudor). Nada, que no falla. En cuanto estoy al lao de una mujer guapa...

FRASQ. (Que vuelve la cabeza.) ¿Qué mira usted?

PANT. Oye, niña. ¿Sabes que te estás redondeando?

FRASQ. ¿Redondeando?

PANT. Pero que más que un empresario de futbol.

FRASQ. ¿Quié usté no distraerme que tengo que recogé este servisio? (Lo coge.)

PANT. Oye tú, ¿no serán muchos cacharros pa que los lleves de una sola vez? Déjame que te sujete yo la tetera. (Echa mano.)

FRASQ. (Molesta.) Don Pantaleón: las manos se las mete usted en los borsiyos.

PANT. ¡Pero, niña! Si era sujetarte con dos deditos...

FRASQ. Pues los deos se los mete usté en las narises, como acostumbra. (Coge el servicio con las dos manos.)

PANT. ¡Niña! (Ella intenta pasar a la casa y él se interpone.) ¿Donde vás?

FRASQ. Que me deje usté, viejo «verdismo».

PANT. ¡Hay que ver lo arisca que te has vuelto! Antes no te importaba que te gastara alguna broma. Por ejemplo, así... (Le da un azote.)

FRASQ. ¡Don Pantaleón!

PANT. O así (Le toma la barbilla.)

FRASQ. ¡Que se esté usté quieto!

PANT. (Sudando.) (¡Caray, cómo me molesta el cuello!) Y ya sàbes que el día que quieras dejas tú el servicio.

FRASQ. Sí señó, que dejo er servisio, (Lo hace sobre la mesa.) pero es pa darle a usté una bofetá. (Le suelta una, descomunal.)

PANT. ¡Mi abuela!

FRASQ. (Que ha vuelto a coger la bandeja con el servicio y hace mutis por el Hotel.) Así. ¡Por «sástiro» y por «flauno»!

PANT. ¡La panocha, qué chuleta me ha largao!

OLIM. (Que sale de su escondite, entusiasmado.) ¡Esto es lo que yo quería!

PANT. ¡Hombre, Don Olimpio!...

OLIM. Convencerme por completo. Y ya no cabe duda. Cuando ésta, que antes se dejaba tocar hasta la rapsodia húngara, se ha puesto así por una ligera broma, es que el microbio las ha atacado a todas. (Dentro y lejano, en un grito lastimero, que se va acercando poco a poco, se oye la voz de TEODOMIRO.)

TEOD. (Dentro.) ¡Don Olimpiooooo!

OLIM. ¿Eh...?

TEOD. ¡Don Pantaleóoooooon!

PANT. ¿Esa voz...? (Mira hacia la izquierda.) Es Teodomirito. A ver si esta noche ha conseguido por fin...

OLIM. Sí que lleva tres noches de boda como para deseárselas a un amigo. (Por detrás del Establecimiento, aparece TEODOMIRO. Viene lloroso, hablando nerviosamente, con voz lastimera. Es un joven, mancebo de botica, que viste con ridícula elegancia pasada de moda. Se abraza a Don Pantaleón y a Don Olimpio.)

TEOD. ¡Ay, Don Olimpio! ¡Ay, Don Pantaleón! Péguenme ustedes un tiro para que no sufra más este tormento tantálico!

OLIM. Resignación, Teodomirito.

TEOD. No puedo, Don Olimpio. Si llevo cuatro días y cuatro noches casado y... ya ven ustedes.

PANT. Pero... ¿nada?

TEOD. Absolutamente nada. En cuanto nos quedamos solos y me acerco a ella, grita, palidece, se arrincona y hasta se convulsiona.

PANT. ¡Qué mona!

TEOD. (Que se sienta, desesperado.) Unas veces se me pone a llorar. Algunas he logrado acariciarla en los brazos y en los hombros y a la tercera caricia, no sabe usted cómo se me pone.

PANT. Como a mí...

TEOD. ¿Eh?

PANT. ¡Como a mí me sucediera eso!

OLIM. Pero, bueno, entendámonos. ¿Tú has tratado de... ¡vamos!... de convencerla de...?

PANT. De que es su obligación, y na más.

TEOD. Yo lo he intentado todo, Don Olimpio, todo; desde la caricia incitante y apasionada, hasta el silletazo en el cerviguillo. ¡Todo!

OLIM. Y ¿ella...?

TEOD. Huye. Esta noche nos la hemos pasado sentados cada uno en una silla. ¡Yo me mato, me mato! Como esto siga así, como

mi Anuncia no cèda en su repulsa, yo me tiro por un balcón.

PANT. ¡Calla, hombre, qué te vas a tirar!

TEOD. Es que ustedes no saben lo que es querer a una mujer como yo quiero a mi Anuncia y verse como yo me veo.

OLIM. Ya, ya. Y si la quieres mucho...

TEOD. ¿Que si la quiero? La quiero como se quiere a una madre, como se quiere...

PANT. Mira, hijo, no cantes jotas que no viene a qué.

TEOD. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir a este pueblo! Ya ve usted; mi corazón destrozado; mis ilusiones rotas, todo roto.

PANT. Hombre, todo no.

OLIM. Tranquilízate. Además, lo que te dijimos ayer es desgraciadamente cierto. Se trata de una epidemia y tú, que eres mancebo de botica, debes ayudarnos a todos.

TEOD. ¡Pronto! Yo haré lo que sea. Análisis, fórmulas, toda la farmacopea moderna la emplearé para acabar este asunto. (Nerviosísimo y en plena tragedia.) Porque si no, yo les juro a ustedes que quemo el pueblo, este infame pueblo donde nací, y que enveneno a todos sus habitantes.

PANT. Teodomirito... ¡Caray!...

TEOD. Y a ustedes dos que me aconsejaron que viniera aquí a pasar la luna de miel, les arrojo al rostro dos litros de ácido sulfúrico y les meto en el estómago cien gramos de estricnina.

OLIM. (¡Caracoles!... ¿Este también...?)

TEOD. (Paseando nerviosísimo.) ¡Pronto! ¡Rápidos! ¿Qué hay que analizar? Venga un alambique, un frasco, una retorta... ¡Ay, Anuncia de mi vida! (Hace transiciones de lo trágico a lo romántico.) ¡Un alambique! ¡Ay, esposa adorada! ¡Una retorta! ¡Ay, Anuncia de mis sueños! Oye la voz del amor. Es la voz... Anuncia. (Mutis cómico por la derecha.)

OLIM. Este chico va a terminar loco. Yo creo que

debiera usted interceder para que consiguiera lo que debe conseguir, ¡qué caramba!

PANT. Hombre, yo...

OLIM. Naturalmente. En lo de Anuncia, debía usted ayudarle.

PANT. ¿Usted cree que se dejará ayudar?

OLIM. Me refiero a que usted con su autoridad de amigo de la familia, trate de convencer a esa chica. Porque como las cosas continúen así, el balneario va a la ruina.

PANT. Pues es un encarguito.

OLIM. Hay que agotar todos los medios para que estas mujeres vuelvan a la normalidad.

PANT. Como que si no vuelven me van a salir a mí granos del sofoco. Porque, coincidencias de la vida. Mire usted las postales que acabo de recibir. (Saca unas fotos.)

OLIM. A ver. ¡Caracoles! Qué señoras más guapas y más desnuditas. ¿Quiénes son?

PANT. Pues son... (Al notar que Olimpio se ha colocado tras él y muy pegado para ver las postales.) Póngase bien, haga el favor. (Le coloca a su lado.) Pues son las bellezas que se presentan al concurso de Galvestón, esté año. ¡Usted figúrese mi situación con este vermut en postales y luego!...

OLIM. (Tomando las postales y mirándolas.) Miss Florida... ¡Guapa!... Miss Miami.

PANT. Mire usted la cuarta.

OLIM. (Haciéndolo.) Miss Otava.

PANT. Será la Otava, pero a mí me parece la primera.

OLIM. (Bromista.) No sea usted sicalíptico. Vamos, que si tuviera usted una de estas al lado...

PANT. ¡Olimpio de mi vida! ¡Que me las traigan! (Abraza a don Olimpio que se retira asustado.)

OLIM. ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Cuidadito!

OSCURO Y MUTACION

CUADRO TERCERO

Telón fantástico representando una monumental sombrilla de playa y, al fondo, el mar. Decorado de ambiente moderno y de gran luminosidad.

Música

(Van saliendo diferentes grupos de tiples y segundas tiples, vistiendo caprichosos y ligeros mallots de playa con anchas y coquetonas pamelas. Ostentan sobre el pecho sendas bandas con el nombre de una ciudad o estado de Norteamérica. Gran bailable moderno, en el que debe intervenir la Bailarina y el Bailarín, si lo hubiese.)

TODAS

Galvestón,
es la ciudad que fascina;
Galvestón,
es la ilusión femenina;
Galvestón,
de la mujer es la mina,
¡Galvestón! ¡Galvestón!
¡Galvestón! ¡¡Ay!!

—

Galvestón,
es la ciudad que procura,
Galvestón,
seleccionar la hermosura;
Galvestón,
tu nombre es ya mi locura,
Galvestón
es mi pasión,
¡¡Ay!!

(Oscuro y vuelve la escena a recobrar su primitivo aspecto.)

Hablado

(Por la derecha aparece ANUNCIA y tras ella TEODOMIRO. Este, suplicante y aquélla desdeñosa).

ANUN. ¡Teodomiro, por favor, déjame!

TEOD. Anuncia, no me huyas más. Yo soy el marido, ¿te enteras? ¡El marido! Y a un marido no se le pueden gastar esta clase de chuflas.

ANUN. ¡Ah! ¿Invocas tu autoridad marital? ¡Pues que nos divorcien!

TEOD. (Suplicante). ¡Anuncia!

ANUN. Que nos separen; que nos lleven muy lèjos al uno del otro. (Llorosa). Yo no puedo vivir de este modo.

TEOD. Pero si nunca has sido así conmigo. Te olvidas de cuando éramos novios... Las tardes en el cine..., los crepúsculos en el Retiro..., las mañanas en el Parque del Oeste...

ANUN. Sí que me acuerdo.

TEOD. Cada árbol tiene un rècuerdo para nosotros: éste, un pellizco; aquel, un beso; el otro, un guarda...

ANUN. (Ruborosa.) ¡Calla, tonto!

TEOD. No callo, que los árboles, si hablaran, me consolarían... porque tienen corazón. ¡Ah! (Gesto poético.) (Voy a ver si la ablando por lo poético...).

ANUN. ¿Corazón...?

TEOD. Sí, Anuncia. Los árboles laten de amor. (Muy descriptivo.) La acacia late al caer la tarde suave y perfumada; el abeto late con fuerza en el mediodía luminoso y radiante; el chopo late por las mañanas. ¡Es el amor!

ANUN. (Embelesada.) ¡Teodomiro!...

TEOD. (¡Ya, ya!) (Arrecia en su discurso.) Sí, el amor, que lo mismo fructifica en la acacia que en el cocotero, que en el pino, que en la palmera...

ANUN. (Como antes.) ¡Teodomiro!

TEOD. (¡Ya!) (Amorosísimo.) ¡Acacia..., digo Anuncia!

ANUN. ¡Teodomiro..., (*Transición brusca.*) ¡qué cursi eres, rico!

TEOD. (*Indignado.*) ¡Anuncia!

ANUN. Déjame marchar.

TEOD. No, no te vayas. Me iré yo. ¡Yo! Y me voy... (*Con gesto de tragedia.*) ¿Dónde está el río?

ANUN. Pero ¿te vas a suicidar otra vez? Llevas cinco suicidios con éste...

TEOD. ¿Cinco? (Bueno, ¡así no hay manera de hacer tragedias!)

ANUN. Cálmate, Teodomiro, y no des ese gusto a los peces.

TEOD. (Don Pantaleón está en lo cierto. Hay que despreciarlas.) (*Muy despectivo.*) Tienes razón. Ya vendrás con lágrimas en los ojos y entonces yo buscaré otra... u otras... (*Mirando a la lateral izquierda.*) Hombre, ¡allí van Marujita y Lilí! ¡Esas sí que son guapas!... Estate quieta; no te acerques.

ANUN. (*Que no se ha movido.*) Pero, si estoy aquí...

TEOD. ¡Ah!... Creía... Valiente birria de mujer... Voy... Voy... (*Finge que le llaman y váse rápido por la izquierda.*)

ANUN. ¿Se irá con otras? (*Da unos pasos como para seguirle, pero se detiene.*) ¡Ay! ¡Pero si yo quiero adorarle y no puedo! (*Queda pensativa mirando por la balaustrada.*) (*Por la puerta del Establecimiento sale Don Pantaleón.*)

PANT. ¡Ahí está la virtud salvaje! Pantaleón, a convencerla. Y que es un encarguito como pa una suegra. (*La llama suavemente.*) ¡Anuncita!

ANUN. ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah!, ¿usted?

PANT. Yo que quiero hablarla un momento, si no la molesta.

ANUN. ¿A mí? No, señor.

PANT. Pues tenga la amabilidad de sentarse. Allí estaremos mejor. (*Por las sillas que rodean la mesita.*) (Bueno, ¡hay que ver cómo está la socia! Comprendo la desesperación de Teodomirito.) (*Se sientan ambos.*)

ANUN. (*Cruza las piernas, enseñándolas con toda despreocupación.*) Usted dirá.

PANT. (*Mirándola las piernas.*) (¡La panocha!) (*Suda y se ensancha el cuello.*) Pues no sé cómo empezar. (*Pausa.*) Usté ya debe conocer la «anézdota» esa que dice: «Creced y multiplicaos»... ¿No?

ANUN. (*Con naturalidad.*) Sí, sí, señor.

PANT. Y ese otro precioso refrán de «Dios los cría y ellos se juntan».

ANUN. Sí, señor. Pero ¿a qué viene ahora esas citas de refranes?

PANT. Pues tó esto viene a que Teodomirito, su marido, me ha contado con lágrimas en los ojos que usted no... ¡vamos que no!... ¿Usted me comprende?

ANUN. No señor.

PANT. (¡Caray! ¿Cómo lo diría yo?) Pues... que usted se niega a la multiplicación. Y usted comprenderá que su conducta con Teodomiro no puede seguir así. Primero, porque es usté su mujer y hay... hay que aguantarse. Y segundo, por no desacreditar el Balneario. Lo que usted está haciendo perjudica mucho al turismo. (*Durante todo este párrafo la da palmaditas en los muslos, aprovechándose lo que puede.*)

ANUN. Pero, si no puedo. Si es superior a mi voluntad. ¡Cuidado que a mí de soltera me gustaba!...

PANT. Sí, ¿eh?

ANUN. Teodomiro. Pero ahora... no sé como explicarlo. Me gusta y me repele a la vez. Además, que se ha vuelto de una vehemencia... En cuanto estoy descuidada, me estruja, me pellizca.

ANUN. ¡A ver si quiere usté que a la cuarta noche de huelga la toque a usted la mandolina!

ANUN. Ayer me pellizcó aquí y mire la señal. Se nota por encima de la media. (*Le enseña la señal en un muslo.*)

PANT. A ver. (*Saca unas gafas y se las pone.*) ¡Caramba! Pues sí que... (*La mira hasta donde le dejan.*) Con permiso... (*Se levanta, se quita el cuello y lo deja en una silla, todo ello rápidamente. Enseguida vuelve a tra-*

tar de levantarla las faldas para ver nuevamente la señal.)

ANUN. En este hombro me dejó clavados anoche los cinco dedos. ¿No se vé?

PANT. (Mirándola donde indica.) Sí, ya lo creo. (¡Qué descote!)

ANUN. Pero, ¿se vé bien?

PANT. ¡Demasiao! Con su venia. (Se quita la americana con igual juego que antes.) (¡No me faltaba a mí más que esto pa el sofoco!) (Vuelve al lado de ella, pero al tratar de echarse encima para volver a mirar, ella se levanta y Don Pantaleón se da de narices contra la silla.)

ANUN. Pero, ¿qué hace usted?

PANT. Nada, hija, que me asfixio. A ver eso del hombro.

ANUN. (Huyéndole.) ¡No! ¡Tocarme no!

PANT. ¡Niña!

ANUN. (Furiosa.) ¡No quiero ver a ningún hombre! ¡Apártese!

PANT. (¡La epidemia!)

ANUN. Y dígale a mi marido que no vuelva a ponerse delante de mi vista..., que me molesta su presencia... Y que esas comisiones se le encargan a una de las viudas de «La Corte de Faraón». (Trata de irse por la derecha, pero Don Pantaleón se interpone.)

PANT. Pero, rica...

ANUN. ¡Déjeme pasar! ¡Que no me toque! (Forcejean y por fin ella le larga una tremenda bofetada.) ¡Sinvergüenza! (Se va corriendo por la derecha.)

PANT. (Llevándose la mano al carrillo.) ¡Repaulino! ¡Y van dos!

FRASQ. (Dentro.) ¡Vá! (Sale rápidamente.) ¿Quería usté argo?

PANT. Oye, tú. ¿Se ha oído mucho?

ANUN. ¿Que si se ha oído? Con desirle a usté que er camarero de la fonda de la estación ha avisao por teléfono preguntando si se ofresía argo...

PANT. Está bien. (Pues lo que es la tercera se la van a dar al Tato, porque yo no hago más pruebas.) Coge su americana y su cuello y se va por

la derecha, indignado.) (Dentro se oye ruido de cascabeles y enseguida entra la DONCELLA 1.ª con rapidez.)

DONC. 1.ª ¡Frasquita! Ya ha llegao er coche de la estasión. (Llega la DONCELLA 2.ª)

FRASQ. ¿Vienen muchos viajeros?

DONC. 2.ª Una señorita la mar de guapa y la mar de elegante. Místela. (Señala hacia la izquierda.) Debe sé una artista, creo yo.

FRASQ. Sí, que lo parese. Y hasta juraría que la he visto en la portada de «Estampa». ¡Como que es esa cupletista que la disen «Pepita la Charlestón»!

DONC. 1.ª ¡Y qué equipaje, hija! Lo menos trae siete baúles. ¿Y sombrereras? Más de veinte he contao yo sola.

FRASQ. Ya están ahí. Vamos a arreglá la habitasión. (Vánse las tres por el Establecimiento.)

Música

(Por detrás del Establecimiento sale PEPITA, LA CHARLESTÓN, una señora monumental. Viste elegante traje de viaje. Por distintos lados salen las segundas tiples, unas de Botones y las otras de Doncellas con fantásticos y caprichosos trajes.)

BOT. y DON.
Tenemos gran satisfacción
y es nuestro gusto saludar
a la viajera que, al llegar,
a nuestra casa viene a honrar.
Se ve que es dama principal
y es en nosotros un honor
el ofrecernos sin tardar
y su deseo interpretar.

PEPI.
Agradecida por demás
a tan simpática atención
no debo a ustedes ocultar
que no soy dama principal.
Soy una artista nada más,
soy la «vedet» de la canción,
y en los aplausos que me dan
se cifra toda mi ilusión.

Es mi placer
bailar, cantar,
y, así triunfar.

BOT. y DON. Sin discusión
al trabajar
ha de triunfar.
Si perdonáis la indiscreción,
os pediremos un favor
pues deseamos escuchar
de vuestra boca una canción.

PEPI. Os cantaré sin dilación
la marcha aquella militar
con la que a muchos conseguí
enamorar y esclavizar.

—

Es toda mi ilusión
cantar esa canción.

—

(Hablado sobre la orquesta.) «El Teniente Bernardo.» Marcha militar.

(Evolución de marcha militar. Las segundas tiples imitan el sonido de la corneta con la mano derecha puesta en la boca.)

CANTADO

El bravo teniente Bernardo,
alegre don Juan amador,
pasea la calle gallardo
y espera una cita de amor.
La esposa del jefe inmediato
contenta, por fin, ha llegado,
dispuesta a gozar del pecado,
la fruta de grato sabor.
Más el don Juan, por su mujer
se ha visto sorprendido
y al comprender su gran traición
un grave plan forjó.

—

TODAS El bravo teniente Bernardo
etc., etc., etc.

PEPI. A su capitán
ella fué a búscar
y le dijo así
con fingido afán.
«Si a mi casa vas
lograrás mi amor;
por favor, ven, capitán
y a mi esposo, sin tardar,
debes arrestar.»

—

TODAS A su capitán
etc., etc., etc.

PEPI. Si a mi casa vas
etc., etc., etc.

—

(Acabado el número, Bis en la orquesta y desfilan, por distintos lados, Botones y Doncellas, quedando Pepita en escena.)

Hablado

(Del Establecimiento sale FRASQUITA.)

FRASQ. Güenos días, «señita.»

PEPI. ¿Es usted la camarera del Hotel?

FRASQ. Una de ellas, pa servirla. ¿Tié la «señita» encargada habitación?

PEPI. No sé. Mi marido se ocupará de todo. Ahora vendrá.

FRASQ. ¿Una habitasión pa los dos?

PEPI. No, no. Separados.

FRASQ. Perdone la «señita», pero le alabo el gusto.

PEPI. ¿Como?

FRASQ. Que es mu pesao eso de tené a un hombre pegao to er día a las faldas de una... ¡Puaf! Aquí los hombres...

PEPI. (Alarmada.) ¿No hay?

FRASQ. Desgrasiadamente; sí señora.

PEPI. No comprendo. ¿No son jóvenes?

FRASQ. Hay de tó.

PEPI. ¿Y guapos?

FRASQ. De tó también, pero pa ellos...

PEPI. (Extrañada.) ¿Para ellos...? ¿Qué quieres decir, muchacha?

FRASQ. Que a nosotras nos tién sin cuidao.

VERON. (Dentro. Llamando.) ¡Pepita!

PEPI. ¡Ah! Es mi marido. (Le hace señas desde el foro para que venga. Por la izquierda, último término, llega, en efecto, el tal VERONICO. Viene cargado con sombrereras, maletines, etc., etc., etc. Es un tipo ridículo y se ve a la legua que es un marido de corrida extraordinaria. Habla gangoso y comedido, haciéndolo en diminutivos, que marca mucho. Tiene bastantes más años que ella, sin ser viejo del todo.)

VERON. ¡Pero, mujer!... Te has traído todos los botones y me dejas solo en el coche, sin tener quien coja estos cacharritos.

FRASQ. Deme el señor, no se moleste. (Le coge los artefactos que trae.)

VERON. Gracias, muchachita.

PEPI. Bueno, a ver qué habitaciones quieres.

VERON. Ya está, ya está. Ya le he dado instrucciones a otra camarerita.

FRASQ. Voy, con su permiso, a ver si está todo. (Váse por el Establecimiento.)

VERON. (Mirando a todas partes.) Muy bien. Muy mono el Hotelito, muy fresquito el ambiente. Su paisajito, sus sillitas, su terracita...

PEPI. Lo que yo no sé es por qué me has traído a este rincón del mundo, expuestos a que yo pierda cualquier contrato ventajoso.

VERON. A que descanses, nenita.

PEPI. Eso lo mismo se puede hacer en Biarritz o en Ostende.

VERON. No, no es igual. En esas playas no se descansa. Visititas, amiguitas, tertulitas...

PEPI. Creerás que aquí voy a estar como un ogro, sin hablar con nadie.

VERON. Habrá, sin duda, señoras de buena sociedad.

PEPI. ¡No digas ridiculeces, Verónico! Sabes que me molesta el trato con señoras en estos sitios. No hacen más que criticar y hablar sin sustancia. Los caballeros son más distraídos.

VERON. Si ya lo sé, bobita. ¿Te he prohibido alguna vez tu tertulia de amiguitos?

PEPI. Pero te molestan. Por eso en Madrid, cuando va alguno a casa, tú te vas a la calle. ¡Qué grosería!

VERON. ¡Huy, qué tontita! Pero si casi siempre da la casualidad de que me mandas a hacer algún encargo.

PEPI. ¡Ah! ¿Dirás que soy yo? Serías capaz de creer cualquier disparate. Mis amigos van a entretenerme, a jugar al «parchis», que sabes que me entusiasma.

VERON. Pero si ya lo sé, bobita. Si ya sé que estáis siempre de «parchis».

FRASQ. (Llegando por donde se fué.) Los señoritos pueden pasá a sus habitasiones.

PEPI. Vamos allá. ¿Por dónde?

FRASQ. Siguiendo el pasillo de enfrente. (Pepita entra en el Establecimiento. Verónico sujeta a Frasquita y le pregunta en voz baja.)

VERON. El agua de este balneario es para los nervios, ¿no?

FRASQ. Sí, señó.

VERON. Pero, ¿para cuáles?

FRASQ. Pa tós. Pa carmarlos. Don Olimpio dise que este agua es un secante.

VERON. Sedante, será. (Me parece que no me han engañado). Vamos.

FRASQ. Pase usté. (Mutis los dos por el Establecimiento. Pausa, y por el mismo lado entra en escena TEODOMIRO rápido y regocijado.)

TEOD. La osa, ¿quién ha venido? Esto es la solución por el momento. Yo voy a contárselo a Don Pantaleón. (Se dirige al foro izquierda, a tiempo que llega DON OLIMPIO.) ¡Déme usted un abrazo, Don Olimpio!

OLIM. ¿Qué...? ¿Ya...?

TEOD. ¿Cómo ya...?

OLIM. ¿Que si Anuncia...?

TEOD. No es eso. Le voy a dar un notición de aúpa. ¿A que no sabe usted quién acaba de llegar al balneario?

OLIM. ¿Quién?

TEOD. ¡Una mujer!

OLIM. ¡Teodomirito de mi vida!

TEOD. ¡Y qué mujer! ¡De apoteosis! Usted la conoce. Se llama Pepita la Charlestón.

OLIM. (En el colmo de la sorpresa entusiasta.) ¿Pepita la...? ¡Teodomirito!... Pero, ¿estás seguro de que es ella?

TEOD. ¡Como que ha pasado junto a mí en el vestíbulo! ¡Don Olimpito! (Le da un golpe cariñoso.)

OLIM. ¡Teodomirete! (Idem.)

LOS DOS Tralala..., tralara... (Se abrazan y bailan, a tiempo que sale del Hotel DON BASILISO, que, al verlos, monta en cólera.)

BASIL. (¡Ira del Averno! Pero este médico potingüero y desaprensivo, en vez de buscar una solución, se está foxtroteando.) ¡¡Don Olimpio del diantre!!

OLIM. ¿Usted...? (A Teodomiro.) ¿Se lo decimos?

TEOD. ¡Caray! Va a ser uno más...

BASIL. ¿Qué es? ¡Hablen con mil bombas!

OLIM. Pues que ahí dentro está... (Le habla al oído.)

BASIL. ¿Como...?

TEOD. Sí, hombre. La conocida... (Idem.)

BASIL. ¡Rayos! ¿Es cierto?

TEOD. Ciertísimo.

BASIL. (Jubiloso.) ¿De modo que tenemos una señora sin contaminar? ¡Y una artista famosa que canta, que baila y que... hace todo lo demás! Señores, con permiso. (Recita la letra de unas sevillanas a tiempo que baila serio y pausado.)

Arenal de Sevilla
y olé,
Torre del Oro, etc., etc.

LOS OTROS ¡Y olé! (Bailan también.)

PANT. (Que llega por la derecha.) (¡Arrea! A estos les ha dao la epidemia por imitar a la Argentina. Se conoce que no saben nada. Yo me achanto.)

BASIL. ¿Qué? ¿Se ha enterado usted ya de la gran noticia?

PANT. ¿De cuál? (Haciéndose el que no sabe nada.)

BASIL. Sí, hombre. Que ha venido... (Le habla al oído.)

PANT. (¡Me han chafao!) Yo lo he sabido hace un momento y me he liao a dar volteretas, que en el pueblo se han creído que había títeres.

OLIM. ¡Nada menos que Pepita «la Charlestón»! ¿Usted la conoce?

PANT. De oídas. Es una gachí que, si ve a un hombre y le gusta la caída de ojos, le saca plaza en Valdelatas.

TEOD. Me veo de valdelatoso.

PANT. Esa me quita a mí el sofoco. En cuanto vea clase... (Se contonea.)

TEOD. Pues no le digo nada en cuanto vislumbre este guayabo... (Idem.)

BASIL. ¡Eh! ¡Exclusivas, no! Que todos trabajaremos lo nuestro... (Presume.)

PANT. Pero, por lo que sea, Don Olimpio, que no se nos contagie. Que es la única gachí que tenemos en veinte kilómetros a la redonda.

OLIM. Yo ya he tomado mis precauciones. Ahora está mi ayudante en el Laboratorio analizando todo lo imaginable hasta encontrar el microbio.

PANT. (Con misterio.) Señores: como Director del Balneario y como particular, un ruego: no conviene descubrir la verdad; en unos días, nada; como si no hubiera venido nadie. ¿Jurao?

LOS OTROS ¡Jurao! (Extienden las manos.)

PANT. (Yo voy a ver si les saco ventaja.)

TEOD. (Te veo.)

OLIM. (A mí con esas.)

BASIL. (Ya está este sinvergüenza queriendo adelantarse.)

TEOD. Aquí viene. (Por la puerta del Hotel.)

OLIM. ¡Y pocho traje que trae!

BASIL. (Metiéndose enmedio.) A ver, a ver.

PANT. Saludémosla como se merece. Que vea que hay finura y distinción.

Música

(PEPITA «LA CHARLESTÓN» aparece en la puerta del Establecimiento, vistiendo un precioso traje veraniego. Tiempo de java, siempre muy evolucionado.)

PANT. Señora, me troncho a sus pies
al saludarla.

TEOD. Permita que yo tenga que
felicitarla.
PEPI. Son ustedes todos
muy finos y galantes
y, si me permiten,
también muy elegantes.
ELLOS ¡Oh, que estupendez!
PEPI. Sus frases me causan rubor.
ELLOS ¡Se «ruboresqui»!
PEPI. ¡Y siento en el rostro calor!
ELLOS ¡Es un chubesqui!
PANT. Es usted una dama
de las que dan la fama.
TEOD. ¡Caray, si la da!
OLIM. ¡Caray, si la da!
BASIL. ¡Caray, si la da!

—

ELLOS Es usted pa mí
una hurí, una hurí...
PEPI. ¡Ay!, ¿sí?
PANT. ¡Han dado en el quid!
ELLOS Es usted una «etual»
colosal, colosal...
PEPI. ¡Brutal!
TEOD. ¡Es piramidal!
ELLOS Yo la compro un «Roll».
PEPI. No está mal la combinación.
BASIL. Yo la compro dos.
ELLOS Si no quiere el «Roll»,
también la compro un «Renoll».
PEPI. ¡Por Dios, déjenme!
ELLOS ¡Oh, que estupendez!

—

¡Qué maravilla
es la chiquilla!
PANT. Tengo el compromiso
de a usted ponerla un piso.
TEOD. Se lo pongo yo.
BASIL. Se lo pongo yo.
OLIM. Se lo pongo yo.

—

PEPI. El que quiera conquistar

el amor de una gachí como yo
ha de saber camelar.
Con los ojos entornaos, con pasión,
saber decir chulapón.
«¡me tiés chalao por tu amor!»
Ha de ser muy postinero el gachó
porque así lo quiero yo.

ELLOS — Con los ojos entornaos, con pasión,
yo sé decir chulapón:
«¡me tiés chalao por tu amor!»

—

¡Qué maravilla
es la chiquilla!

PANT. — Tengo el compromiso
de a usted ponerla un piso.

TEOD. — Se lo pongo yo.

BASIL. — Se lo pongo yo.

ELLOS — Se lo pongo yo.

(Quedan en una postura cómica, ella enmedio.)

Hablado.

PANT. — ¡Olé las mujeres! Desde hoy va usted a ser la reina del balneario.

OLIM. — Y si es preciso, le haremos una torre de marfil y damasco.

TEOD. — Para esa edificación cuente usted con este peón suelto.

BASIL. — ¿La reina, la torre y el peón? En ese ajedrez quiero yo un puesto.

PEPI. — ¿Cuál?

PANT. — El caballo. (Risas generales.)

BASIL. — (Mosca.) (¡Le voy a dar una patada!...)

PEPI. — Son ustedes muy simpáticos y muy amables.

PANT. — Aquí, la gracia, la simpatía y la estupendez están acaparadas por su cuerpo serrano.

PEPI. — (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Cuidado... no les vean sus señoras con ese entusiasmo! Porque, alguno de ustedes será casado; ¿no?

PANT. Yo soy viudo.

BASIL. (Rápido.) ¡Mentira! ¡Ventajas, no!

PANT. (¡Este tío!...)

BASIL. Señorita, el que es célibe y sin compromiso es un servidor.

PEPI. (Mirando fijamente a Teodomiro y muy recalcado.) Y este joven... ¿también casado?

TEOD. (Azoradísimo.) Yo... pues... verá usted...

PANT. Hasta que su señora se ponga de acuerdo con él en ciertos asuntos, tié sus dudas.

PEPI. ¡Ah, vamos! Están de monos, ¿no? Alguna cosa de usted que a ella no le ha gustado.

TEOD. Aproximadamente; sí, señora.

PEPI. (Acercándose a él, insinuante.) Pues es una lástima, porque es usted un muchacho muy simpático.

TEOD. Señorita... Yo...

PANT. (Entusiasmado.) (¡Ay, que ya le gusta uno! Que ya... ¡Caray, qué calor!) (Se ensancha el cuello.)

BASIL. (Metiéndose ostensiblemente entre Pepita y Teodomiro.) Con permiso...

TEOD. (Ya está aquí el sacamantecas éste.)

BASIL. (Con voz muy grave y seria.) Es usted adorable, Pepita.

PEPI. ¡Ah!... Pero, ¿saben ustedes mi nombre?

OLIM. Y, ¿quién no conoce a Pepita la...? Perdón. A la señorita Pepita...

PEPI. No. Dígalo sin miedo. Si me agrada: Pepita «la Charlestón.»

TEOD. Eso. Las veces que yo la he oído cantar aquello de

«Anda, cómprame unas botas,
que las tengo rotas,
de tanto bailar.»

(Bailan un paso de charlestón Teodomiro y Don Pantaleón. Los otros les jalean. Don Pantaleón sigue bailando solo.)

BASIL. (Gritándole como un energúmeno.) ¡Eh! ¡Eh! ¡¡Que ya se ha acabao!!

PANT. Es que tengo las tabas que son dos columpios. (Risas. Todos rodean a Pepita, comiéndosela y piropeándola. Por el Hotel sale VERÓNICO que,

siempre sonriente y pausado, da unos golpecitos en la espalda a Don Pantaleón.)

VERON. Caballero. ¿El Director del Balneario...?

PANT. (Molesto.) No moleste, hombre, no moleste. ¿No ve que estoy atendiendo a esta señorita?

VERON. Perdone. (Igual juego con Basiliso.) ¿Me hace usted el favor...?

BASIL. Circule, circule. ¡No sea pelmazo!

PEPI. (Reparando en Verónico.) ¡Ay, que se me ha pasado presentarles a ustedes!

PANT. No hace falta.

BASIL. Pero si es un tío pelmazo que no sé a qué viene...

PEPI. (Presentando.) Verónico Becerra, mi marido. (Todos huyen discretamente hacia la lateral derecha.)

PANT. (¡Cuerno!)

BASIL. (¡Plancha!)

TEOD. (¡Santa Coloma nos valga!)

VERON. (Haciendo una reverencia, como si embistiera.) Señores... (Los otros huyen aún más.)

PANT. (A ellos.) ¡Que se arranca!

BASIL. (Pegándose a la lateral derecha.) Barrera, barrera, barrera. (Lo dice como los chicos cuando juegan.)

PEPI. Los señores son...

OLIM. (Avanzando hacia ella.) Permítame. (Presentando.) Don Pantaleón Rodríguez, Director del Balneario y Presidente del Consejo de Administración.

VERON. Tengo mucho gusto en doblar mi tronco ante el señor Presidente.

PANT. (Se dirige a estrecharle la mano, pero más bien parece que le cita para un natural.) Igualmente, pichi. (Vuelve junto a Teodomirito.)

TEOD. (A Pantaleón.) ¿Qué le ha dicho?

PANT. No sé qué de doblar ante el Presidente.

TEOD. Entonces dobla en el diez.

OLIM. Teodomiro Mejorana y de la Brea, Practicante de Farmacia e hijo de la localidad.

VERON. Me prosterno ante la farmacopea. (Le da la mano.)

TEOD. Una gran dosis de agradecimiento.

OLIM. Y Don Basiliso Bueno y Alegre, campeón de pistola a dos kilómetros.

VERON. A sus órdenes. (Basiliso le da la mano como si le fuera a poner una puya.)

OLIM. Nosotros celebraremos que estos lugares sean de su agrado.

PEPI. ¡Oh, sí! Esto es delicioso. Y el panorama es encantador.

BASIL. (Lo dice por mí.)

PEPI. Teodomirito. ¿Qué es aquello que se vé...? (Por un punto lejano del foro, hacia el cual se dirige acompañada de Teodomiro.)

VERON. (Llamando aparte a Don Pantaleón, Don Olimpio y Don Basiliso.) Un momentito. Ya que tengo el honor de conocer a ustedes, me permitiré hacerles una preguntita.

BASIL. Venga.

VERON. Ustedes perdonarán... que...

BASIL. (Perdiendo la paciencia.) Venga, hombre, venga.

VERON. No tiene importancia, pero, yo...

BASIL. (Furioso.) No sea usted pelmazo, dígalo.

PANT. ¡Que le va usted a asustar, hombre!

VERON. ¿Es verdad que en este Balneario se cura la... la...

PANT. (Guiñando a los demás.) La... ¿qué...?

VERON. Vamos..., la fogosidad nerviosa, propia de todo temperamento juvenil.

PANT. ¡Quiá!

BASIL. ¡Nada de eso!

OLIM. Esos son rumores falsos que hacen correr otros establecimientos para arruinarnos.

VERON. ¡Carambita! ¡Carambita! ¡Qué lástima, señores!

OLIM. ¿Por qué?

VERON. Porque, por lo visto, me han engañado, y, en ese caso, nos vamos mañana mismo.

OLIM. ¿Cómo?

BASIL. (A Pantaleón.) ¡Que se la lleva!

PANT. (Dejadme solo.) Pero oiga usté, no sea súpito, amigo Novillo.

VERON. (Corrigiéndole.) Becerra.

PANT. (Bajo a Basiliso.) Se quita años. (A Verónico.)

Lo que busca usted aquí es algo que calme los nervios de su señora, ¿no?

VERON. Es un angelito, un angelito; pero tan nerviosita, tan impresionabilita, tan...

PANT. Sí, tan «arza pilili».

OLIM. Pues, entonces, quédese, porque, con franqueza, los rumores son ciertos.

VERÓN. Me alegro, ¡caracolitos! Me había llevado una desilusión.

PANT. Pues descuide, que usted no se la lleva; de eso me encargo yo. (Siguen hablando. FRASQUITA cruza la escena de izquierda a derecha.)

PEPI. Camarera: ¿quiere traerme un vaso de agua del famoso manantial?

FRASQ. Volando. (Váse por la derecha.)

PEPI. (A su marido y a los otros.) ¡Qué! ¿Estaban ustedes de conferencia?

PANT. (Yendo hacia ella con los demás.) Aquí charlando con el simpático Saltillo.

VERON. (Rectificándole.) Becerra, Becerra. (Por la derecha salen ANUNCIA, LIBERATA, AURORA y LILI.)

ANUN. ¡Vámonos! Ahí está ese hombre cruel.

AURO. Ahora verás. (A Teodomiro, enérgica.) ¡Pollo!

PANT. (¡Arrea, las pavas!)

AURO. Lo que está usted haciendo con esta muchacha es impropio de un caballero.

TEOD. Señora, esa muchacha es mi mujer.

ANUN. (Lloriquea.) Yo no quiero estar casada.

OLIM. (A Aurora.) Y a ti, ¿quién te mete a redentora?

AURO. ¡Hago lo que quiero!

LIBE. ¡Mu bien, mu bien y mu bien!

PANT. Señora, usté al fregaero, que es su obligación.

BASIL. Lo mismo digo.

LIBE. Cálleze uzté, viejo «lúrbico». Y te advierto que ya he encontrao la mano del armirez, que tenías escondía.

PANT. (Aterrado.) (¡Mi tía!) (Por el Establecimiento sale la DONCELLA 1.ª, que se dirige a Don Olimpio.)

DONC. 1.ª Don Olimpio, su ayudante le llama ar teléfono desde el laboratorio.

OLIM. ¿A mí? (¿Habrá averiguado algo?) Con permiso. Váse por el Hotel seguido de la Doncella 1.ª.)

FRASQ.	(Por la derecha.) Aquí está el agua, «señita».
PANT.	Espera. (Le coge el vaso.) A una huéspeda de esta categoría tiene que ofrecerla el primer vaso de agua el propio Director. (1).
LOS HOMB.	Muy bien.
PANT.	(Preparándose para discursear.) Distinguida joven, si que elegante veraneanta: Al ofrecerla a usté este vaso de agua, le doy la bienvenida en nombre de tó el Balneario.
TEOD.	¡Bravo!
PANT.	Y aquí, para el amigo Novillo, bienvenida también.
BASIL.	¡Olé!
PANT.	Porque hasta que usté ha venido, no ha hàbido en este pueblo más que birrias. (Mirando a las mujeres que hacen un gesto de desprecio.)
PEPI.	¡Por Dios!
BASIL. / TEOD.	¡¡Birrias, si señor, birrias!!
PANT.	Así es que beba usted, ¡so sultana!, y lo que siento es no ser la copa, pa que posara usted en mí esos claveles que tiene por labios. Y ná más: ¡a beber y a apurar! (Ovación de los hombres.)
LIBE.	¡Zinvergüenza!...
PEPI.	(Cogiendo el vaso.) Vaya, pues... a la salud de ustedes. (Acerca el vaso a los labios, pero en este momento llega corriendo DON OLIMPIO.)
OLIM.	(A gritos.) ¡Que no beba! ¡Que es el agua! ¡¡Que es el agua la causante de la epidemia!! (Los hombres se abalanzan materialmente sobre Pepita y le quitan el vaso. Gran confusión general. Salen todos los Botones y las Doncellas.)
VERON.	(Furioso a Don Pantaleón.) ¡Usted me explicará, caballero!
PANT.	Ná, hombre, que su esposa no bebe el agua de aquí.
VERON.	¿Por qué?

(1) Colocación de derecha a izquierda (del actor). Lilí, Liberata, Anuncia, Aurora, Teodomiro, Basiliso, Frasquita (detrás), Pantaleón, Pepita y Verónico.

PANT.	Por que a mí no me da la gana, y ná mas.
VERON.	(Retador.) ¡Esa frase!...
PANT.	Usté se calla, ¡so pastueño!
VERON.	¿Eh? ¡Miserable! (Le larga una soberbia bofetada. Acuden todos a los dos contendientes y los separan. Gritos, frases, movimiento escénico, etc.
PANT.	¡Soltadme, que le mato!
TEOD.	¡Por Dios, Don Pantaleón!
PANT.	¡Que le mato y me dan la oreja! (Cuadro final. Música en la orquesta.)

TELON RÁPIDO



ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

Un pasillo o estancia en el hotel del balneario. Telón corto o a medio foro en el que habrá, ocupando casi todo el foro, una gran vidriera artística que juega a su tiempo con el número del chotis. A la izquierda, bastidor con una puerta, que se supone es la del cuarto donde está encerrada Pepita «la Charlestón». Salidas y entradas por ambas laterales y por dos términos.

(Al levantarse el telón, DON PANTALEON y DON OLIMPIO están junto a la puerta cerciorándose, de que está bien cerrada.)

OLIM. ¿Está cerrada?

PANT. Del todo. Y yo con la llave en el bolsillo. Esta no sale de aquí en una temporada.

OLIM. ¡Ay, Don Pantaleón, que yo creo que esto nos va a costar ir a la cárcel!

PANT. Pero, ¿qué quiere usted? ¿Que esta gachí esté en libertad, beba el agua del manantial, se nos vuelva un corcho y nos quedemos sin la única mujer «azta» que tenemos?

OLIM. Es que, además, ha encerrado usted también al marido.

PANT. A ese le tengo en el sótano. Así me paga la chuleta que me largó y, de paso, no nos estorba. Bueno: a otro asunto. ¿Ha recibido usted esas inyecciones que esperaba?

OLIM. Esta mañana. Son de varias clases, pero en la que tengo más esperanza es en la feminosa.

PANT. La femi... ¿que?

OLIM. La feminosa. Un producto alemán que da a las mujeres feminidad.

PANT. Pero... ¿feminidad para todo?

OLIM. Creo que sí. (Por la derecha viene DON BASILISO, siempre misterioso y feroz.)

BASIL. (Preguntando con ansia.) ¿Qué? ¿Hay algo?

PANT. Nada.

BASIL. Supongo que en cuanto haya algo se me avisará. Que si no, quemo el Balneario, el pueblo y la provincia. ¡¡Voto a Júpiter!!

PANT. (Pero... ¡qué tío más pesao!)

BASIL. ¿Y Pepita «la Charlestón»? Por todo lo del mundo que no beba más que aguas minerales. Que no se nos inutilice... ¡que mato a uno! ¡¡¡Voto a Luzbel!!!

PANT. (Este tío en unas elecciones se hacía el amo. Porque vota por todo el censo.)

OLIM. Descuide. Don Pantaleón y yo no dejamos el asunto ni un momento.

BASIL. Eso. Pero nada de ventajas, ¿eh? ¡Que a mí no!... ¡¡Voto al chápiro!!

PANT. ¿A quién?

BASIL. ¡Al chápiro!

PANT. (No conozco a ese candidato.) (Por la escena, de un lado a otro, cruza FRASQUITA, llevando cualquier servicio.) Oye, niña. (Frasquita le hace un gesto despectivo y sigue su camino.) Nada. Ya habrán visto ustedes que están cada vez más «despeztivas». (Por la derecha sale TEODOMIRO, triste como siempre y machacando en un mortero con todo entusiasmo.)

OLIM. (Al verle.) ¿Qué? ¿Hay algo?

TEOD. Nada. ¡Maldita sea mi suerte! No doy con la fórmula. (Machaca muy nervioso.)

OLIM. Pero, ¿qué preparas ahí?

TEOD. Una mezcla de cantárida, yoimbina y mentol, pero sin esperanzas. Esto no las cura; no hay que darle vueltas. (Remueve la mezcla.)

OLIM. ¡Caray, qué nervioso está este chico!

TEOD. Si le parecé a usted que no tengo motivos... Yo he pasado malos ratos en esta vida, pero ahora... ¡llevo unos golpes! (Machaca con fuerza.)

BASIL. (Metiendo las narices en el mortero.) Pues esta mezcla huele a ajos.

PANT. A ver si te has hecho un lío y, en vez de una receta estás preparando una salsa para un «bisté».

TEOD. No señor. Es que, al percatarme de que esta mezclà no es suficientemente fuerte, hè echao un par de ajos gordos.

PANT. Me los figuro.

TEOD. El ajo es un excitante. Voy a echar otra cabecita. Haga el favor... (Entrega la mano del mortero a Don Olimpio y se busca en los bolsillos.)

BASIL. Pero, ¿qué buscas?

TEOD. Quė no se dónde tengo la cabeza.

LOS OTROS Ahí, hombre, ahí. (Por la que tiene sobre los hombros.)

TEOD. Si digo la de ajos. Echaré unos cominos que también son afrodisiacos. (Saca de un bolsillo un paquetito y echa cominos en el mortero.)

PANT. A este chico le veo colocado en la cocina del Ritz.

TEOD. (Furioso.) No, Don Pantaleón. Bromas, no. Que yo, o encuentro la fórmula curativa o me pego un tiro. Mi Anuncia no me repele más.

OLIM. ¡Hombre, cálmate!

TEOD. (Cada vez más furioso.) ¿Que me calme? ¡Sí, sí! Como mi Anuncia siga insensible... ¡me despido de la vida!

PANT. (Calmándole.) Calla, hombre.

TEOD. (Enérgico.) ¡He dicho que me despido! (A Don Olimpio.) ¡Deme usted la mano!

PANT. No hagas burradas, tú...

TEOD. Si digo la del mortero, que voy a machacar.

OLIM. Ten. (Se la da. Teodomiro machaca nervioso.) Hay que tener un poco de paciencia. Ahora probaremos todos los inyectables que nos ha enviado el Laboratorio Peláez y espero que algún resultado se conseguirá.

TEOD. ¡Que se cree usted eso! La «feminosa» será

una birria; la «amorosina» una porquería; la «frivolina» un camelo. No creo en nada.

PANT. Mejor será esa mayonesa que estás haciendo.

TEOD. Mejor, sí. Porque yo me preocupo de solucionar el problema. (Lloroso.) Llevo seis noches de boda que le ponen en ridículo hasta al Juez municipal que nos casó. Y ustedes...

PANT. ¿Nosotros? Peor. A mí me da el sofoco en cuanto veo una mesa camilla, porque tiene faldas. Además, que se me ha desarrollao una afición a los guayabos, que no hago más que acordarme de aquel colegio de jovencitas que vino el año pasado al pueblo. Como el dormitorio pillaba frente a mi cuarto... yo... ¿eh?..., vamos...

BASIL. Comprendido. ¡Menuda ración de vista!

BASIL. Nada, que no se me va de la imaginación aquel cuartito de las colegialas, con aquella cama tan grande... Eran las tres de la mañana; la hora en que los diablillos tentadores se acercan al lecho de los inocentes guayabos... ¡Y qué guayabos, Teodomirito!

TEOD. No siga usted que se me hace la boca agua.

OSCURO Y MUTACIÓN.

CUADRO QUINTO

Dormitorio de un colegio de señoritas. En el centro y en segundo término, ocupando casi todo el escenario, una cama monumental. En sitio conveniente, un reloj de cuco que juega a su tiempo cuando se indica en la partitura. Este efecto de la cama monumental se consigue muy fácilmente. Son dos trastos: el uno muy bajo, en la parte que corresponde a los pies de la cama, y bastante más alto el que corresponde a

la cabecera. Entre ambos trastos se colocan colchonetas para que, sobre ellas, se acuesten las artistas. Naturalmente, la cama deberá dar idea de fastuosidad y grandeza, tanto en su construcción como en los adornos que ostente.

Música

(Al aparecer el cuadro, la COLEGIALA 1.ª y las COLEGIALAS están acostadas en la cama y cubiertas por una colcha fantasía, a tono con el decorado. Media luz en escena. Suena el reloj de cuco y, con los primeros compases, sale el DIABLILLO 1.º; enseguida, por ambas laterales, los DIABLILLOS, segundas tiples. Trajes fantaseados, ligeritos, que den idea de unos diablos muy de revista. A la segunda letra del número se levantan de la cama la Colegiala 1.ª y las Colegialas, segundas tiples. Visten simplemente una chaqueta de «pyjama» fantasía, ajustada a la cintura por cintas de las que cuelgan grandes borlas y lacito en la cabeza. También podrían vestir, a gusto del sastre y de la Dirección del teatro, camisitas fantasía, cortas y provocativas. Todo el número evolucionado.

I

DIAB. 1.º (Saliendo. A poco, los Diablillos.)

En la noche azul
soy un diablillo tentador;
de la juventud
busco el pecado que dará el amor;
y es mi gran placer
a un casto lecho de mujer
tentar sin compasión,
y hacerla así soñar
una aventura de romántica pasión.

DIABLLOS En la noche azul
etc., etc., etc.

—

DIAB. 1.º Sueño de amor
por tí tendrá

la colegiala
felicidad.
Sueño de amor,
que, al despertar,
tiñe tu cara
con el rubor.
¡Sueña feliz,
divina mujer,
goza el afán
de un bello placer!
¡Sueño de amor,
grata inquietud,
sueño dichoso
de juventud!

(Hacen mutis los Diablillos y, todas a la vez, se incorporan de la cama las Colegialas, avanzando con evolución hacia la batería. Un momento antes de que acabe de cantar la Colegiala 1.ª vuelven a salir los Diablillos, que rodean a las Colegialas y acaban por formar parejas con ellas.)

II

COLEG. 1.ª

En la noche azul
la colegiala, con afán,
sueña conquistar
a su galán, intrépido don Juan;
porque es el amor
de algún diablillo tentador
el que nos hace ver
en sueños de ilusión
una aventura de romántica pasión.

—

COLEGS.
DIABLLOS

Sueño de amor,
por tí tendrá
la colegiala
felicidad.
Sueño de amor,
que, al despertar,
tiñe tu cara
con el rubor

COLEG. 1.ª / DIAB. 1.º — ¡Sueña feliz,
divina mujer!...
etc., etc., etc.

(Con los últimos compases los Diablillos acompañan a la cama a las Colegialas; éstas se sientan a los pies de la misma y los Diablillos quedan arrodillados ante ellas. Cuadro artístico, y final del número.)

OSCURO Y MUTACION, VOLVIENDO AL MISMO DECORADO ANTERIOR

Hablado

(Aparecen Don Pantaleón, Teodomiro, Don Olimpio y Basiliso, en la misma actitud en que estaban al empezar el número de música.)

TEOD. Bueno; déjese usted de fantasías y vamos a lo que interesa, que es solucionar esto, ¡caracoles!

BASIL. ¡Eso!

PANT. Pues aquí, Don Olimpio, como médico, tiene la palabra.

OLIM. Yo creo que lo principal está en probar los efectos de la «feminosa», para lo cual es preciso que una de nuestras mujeres se preste a hacer de conejo de Indias.

BASIL. En ese caso, Don Pantaleón, a su señora le toca.

PANT. ¿Cómo que le toca?...

BASIL. Para algo es la esposa del Director.

PANT. A esa no hay quien la pinche. ¡Usted no la conoce!

OLIM. Mientras ustedes discuten yo voy a preparar la inyección. (Se va por la derecha. En el cuarto de Pepita se oye la voz de ella, que llama.)

PEPI. ¡Frasquita! ¡Frasquita!

TEOD. ¡Es ella! ¡Pepita!

PANT. ¿La abrimos?

BASIL. Pero que no se nos escape. Yo me pondré aquí (Se coloca a la derecha con los brazos en cruz.)

TEOD. No tanto. Con detenerla suavemente basta. Yo me pongo aquí. (Se coloca en el centro de la escena en actitud de guardián.)

PANT. (Como si fuera a abrir un chiquero.) ¡Que la suelto!

BASIL. ¡Ojo! ¡A ver si la cogemos viva!

PANT. (Que iba á abrir, se detiene.) Señores, un momento. Yo creo que aquí lo que hay que hacer es convencer a esta gachí de que tié que sernos útil en algo. (Con intención.) ¿Eh? O, en todo caso, probar en ella los efectos de la «feminosa».

TEOD. Yo me encargo de convencerla.

PANT. Tú eres muy joven y no convences. Además, que cuando hay que hacer un sacrificio, aquí estoy yo, que soy un mártir del deber.

BASIL. ¡Quiá hombre! Lo que es usted es un sinvergüenza, que se quiere aprovechar.

TEOD. Don Pantaleón dice bien. Si nos ve a los tres se alarmará. Creo que le debemos dejar solo.

BASIL. Acepto; pero con una condición. Yo presenciaré la escena desde allí (Por la derecha.) y en cuanto abuse usted, le disparo sin piedad.

PANT. ¡Hómbre, comprenda que!...

BASIL. Bueno, seré benévolo. No quiero asesinarle sin aviso. (Saca un silbato.) En cuanto yo vea que usted se aprovecha con miras egoístas, pitaré con esto. Y, ya lo sabe; si al oirlo no rectifica... ¡pum! ¡pum! ¡pum! Allí estoy. (Váse disparado por la derecha.)

PANT. Teodomirito, dile que para convencèrla hay que abrazarla.

TEOD. Descuide que, como pueda, le quito el silbato. (Váse tras Don Basiliso.)

PANT. Oye tú, quítale el revólver, mejor. ¡Habrá bárbaro! Voy a abrir a ésta. (Abre la puerta del cuarto de la izquierda.) Salga usted, so azucena.

PEPI. (Sale muy coqueta. Viste un salto de cama despampanante y atrevidísimo.) ¡Gracias a Dios! Supongo yo que podré saber al fin por qué estoy encerrada.

PANT. Por guapa... ¡so rica!

PEPI. ¿Y mi marido?

PANT. Encerrado también.

PEPI. Estará hecho una fiera.

PANT. No lo crea. Su marido va tan a gusto en el encierró. Y, en último caso, ¿a usted le importa mucho no ver a su marido?

PEPI. (Dudosa.) ¡Hombre!...

PANT. Natural que no. A usted lo que le hace falta es un tío castizo como yo, que quito las penas.

PEPI. (Coqueta.) ¡Ah!, ¿sí? ¿Castigador también?

PANT. A ratos. Las doy con un ladrillo en la cabeza y se me rinden.

PEPI. (Riendo provocativa.) ¡Ay, qué miedo!

PANT. (Comiéndosela.) Pero a usted la trataría con más mimo. Pongo que así. (La abraza.)

PEPI. ¿Así? (Suena dentro el silbato. Pantaleón se separa de ella repentinamente.)

PANT. ¡Penalty!

PEPI. ¿Qué pasa?

PANT. No, nada. (¡Ese tío ladrón!...)

PEPI. Han pitado.

PANT. Habrá sido el ruido del tren. (Volviendo a castigarla.) Pues, yo la quería pedir a usted un favor.

PEPI. Si está en mi mano...

PANT. Está en su mano, y en su pié, y en todo su cuerpo.

PEPI. ¿En todo? ¡Ansioso! (Le hace un mimo.)

PANT. (¡Mi madre, que me ha barbilleao!) Oiga usted: ¿por qué no continuamos esta conversación en su cuarto?

PEPI. Si espera usted a que me vista... Porque no está bien que me encuentren con un hombre en este traje. No llevo más que la camisa y el salto de cama. (Se lo abre.)

PANT. ¿Nada más?

PEPI. Nada más que lo que se ve.

PANT. (Mirándola al descote.) ¡Que se ve lo suyo... (Sudando.) Lo suyo y lo de una amiga! ¡Ay! ¡Sujéteme usted que me mareo! (Se abraza a ella. Dentro suena el pito más fuerte que antes. Separándose rápidamente.) «¡Orsay!»

PEPI. (Molesta.) Pero hijo, ¿qué le pasa a usted con el pito?

PANT. ¡Si usted lo supiera!... Póngase aquí. (La cambia de sitio, colocándola de espaldas a la lateral derecha.)

PEPI. ¿Para qué?

PANT. Pa verla a usted mejor los ojos, ¡prenda!

PEPI. No son unos ojos que tiren de espaldas.

PANT. ¿Que no tiran? Ya verá usted si tiran... (¡y la dan a ella!)

PEPI. La verdad es que es usted un tío muy simpático.

PANT. ¡Olé las mujeres con vista! Oye, chata.

PEPI. (Amorosa.) ¿Qué, chato?

PANT. (Muy meloso.) Que lo que yo quiero es pedirte un favor.

PEPI. Venga.

PANT. (Dudando.) Que dejes que yo te ponga una inyección de una cosa.

PEPI. (Ruborosa.) ¡Qué manera más delicada tienes de pedir lo que quieres!

PANT. Pues voy por la jeringa.

PEPI. ¿Como? Pero... ¿dónde...?

PANT. Me la está preparando Don Olimpio.

PEPI. Pero, oye, explícate. ¿De qué es la inyección?

PANT. De «feminosa». Pa ver si te vuelves más femenina.

PEPI. ¿Más? ¡Si yo voy a ser para ti todo lo femenina que quieras!

PANT. (Entusiasmado.) ¿Verdad que sí? ¡Ven acá, so sultana! Desvanécete en mis brazos. (La abraza fuertemente. Se oyen dentro varios pitidos continuados.) (¡Chufla, chufla, como no te apartes tú... ¡Hay que ver!... ¡¡Con la faena que estoy haciendo y me la pitan!!)

Música

PANT.

Si me «quiés» conceder
autoridad,
yo te voy a inyectar

feminidad.
Te tendrás que dejar
pinchar, pinchar...;
hazme caso tú a mí,
déjate jeringar.

PEPI. Yo no quiero probar
esa inyección
que me puede causar
gran sensación.
No me des feminosa,
por favor,
¡que yo soy muy mujer
y te voy a morder!

—

PANT. ¡Tú vas a ser
mi perdición!

PEPI. ¡Pantaleón,
más discreción!

PANT. Es que estoy por tí chalao,

PEPI. Pues a mí me has contagiao

—

LOS DOS Si así nos ven
se arma un belén.
Sin tomar feminosa {yo he / tu has} lograo
que me vea a tu lao
como un sello pegao.

—

PANT. Es la fe, la feminosa
una cosa prodigiosa;
es, sin duda, portentosa
la femi, la femi,
la feminosa.
Si tú tomas feminosa
te pondrás muy amorosa
y dirás: «¡Anda la osa,
la osa, yo quiero
más feminosa!»

PEPI. No me pongas feminosa
que yo soy muy cariñosa;

me tendrás siempre amorosa
sin femi, sin femi,
sin feminosa.

(En este momento se levanta la vidriera artística del foro y aparecen en unos practicables, a diversas alturas, «LAS DE LA INYECCION». Son ocho o diez segundas tiples con trajes sugestivos y fantásticos, colocadas en disposición de inyectarse en el muslo con una jeringuilla.)

Las de la INY. Me tendrás siempre amorosa
con femi, con femi,
con feminosa.

—

LOS DOS Si así nos ven
se arma un belén
etc., etc., etc.

(Al final del número vuelve a caer la vidriera.)

Hablado

PANT. Conque, dime. ¿Te prestas a servirnos de prueba?

PEPI. Pero, guapo, no me des potingues, que sin ellos soy todo lo femenina que apetezcas. (Yendo hacia su cuarto.) Hasta luego, amor mío.

PANT. Oye, me permitirás que te entre luego la cena al cuarto?

PEPI. ¿Camarera también?

PANT. Y doncella de opereta, si tú quieres.

PEPI. (Echándole un beso.) ¡Toma! (Entra en su cuarto.)

PANT. ¡Olé! ¡Soy el amo! (Entran por la derecha TEODOMIRO, BASILISO y OLIMPIO.)

BASIL. Que..., ¿hay algo?

OLIM. ¿La ha convencido usted?

PANT. Imposible. Además, en cuanto iba a convencerla, chiflaba usted.

BASIL. Porque a mí no se me hace traicion, ¡¡voto a Luzbel!!

TEOD. (Desconsolado.) Total, que no hemos adelan-

tado nada. Que mi Anuncia no tiene remedio. Que no hay en quien probar la feminosa. ¡Yo me suicido!

OLIM. Paciencia, hombre. Procuraremos convencer a nuestras señoras respectivas, como sea. Ahora están reunidas en el salón. (Vánse Teodomiro y él por la derecha.)

PANT. Le advierto a usted que a la mía es inútil. ¡Que me sacude!

BASIL. Pues se aguanta usted, ¡¡voto a Satán!! (Se va tras los otros.)

PANT. Pues no me da la gana. ¡Voto a... Marcelino Domingo, que es de los míos! (Váse por el mismo sitio.) (Pausa. A poco, sale FRASQUITA por la izquierda, segundo término.)

FRASQ. ¿Quedrá la «señita» que le entre ya la sena? Llamaré a Don Pantaleón, pa que me abra. (Medio mutis y vuelve hacia el cuarto.) Voy a preguntarla. (Da unos golpes en la puerta.) «¡Señita Pepita!» (Vuelve a dar con los nudillos y la puerta cede.) ¡Pero si se ha dejao abierto ese tío! «¡Señita!»

PEPI. (Saliendo.) Pero, ¿cómo?... ¿Tú abriendo sin guardianes?...

FRASQ. Que se han dejao abierto por descuido. Aproveche usted y salga a que la de el aire, «señita».

PEPI. Tienes razón.

PANT. Eso es. Me alegro. ¡Por sinvergüenzas!

PEPI. ¡El susto que se van a llevar! (Vánse las dos riendo, por derecha segundo término. Pausa. Por la derecha sale AURORA, perseguida por OLIMPIO.)

OLIM. Pero escucha, mujer. No seas salvaje.

AURO. Olimpio, que es inútil. Que a mí no me pones ningún potingue de esos tuyos. (Por la misma lateral sale LILI, en idéntica actitud con DON BASILIO.)

LILI ¡Que no! ¡Que me dejes, viejo ridículo!

BASIL. Pero, escucha, monina. Si es solo una inyección de prueba.

AURO. ¡Ah!, ¿Si? ¡Tomarnos a nosotros por conejitos de Indias! (Lilí se refugia junto a Aurora.)

LIBE. (Dentro, a grandes voces.) ¡Que se las ponga tu

abuela! ¡Granuja! ¡Zinvergüenza! ¡Repuznante! (Sale DON PANTALEÓN huyendo y tras él, un tiesto lanzado con fuerza.)

PANT. ¡Socorro!

AUR. y LILI ¡¡¡Ay!!! (Se van huyendo por la izquierda, segundo término.)

OLIM. Pero, ¿qué es eso, Don Pantaleón?

PANT. Nada, mi mujer que me echa flores. Loca que la tengo. (Recoge el tiesto y lo aparta.)

OLIM. Total; que no hay una sola que quiera prestarse a probar la feminosa.

PANT. Pues usted dirá qué hacemos. (TEODOMIRO sale con cuatro jeringas en la mano, en actitud muy trágica.)

TEOD. ¡Yo lo diré! ¡¡Yo!!

LOS TRES ¿Tú?

TEOD. Acérquense. (Se reunen en grupo.) ¿No hay mujer que quiera probar la feminosa?

LOS TRES ¡¡No!! (A coro.)

TEOD. Y la feminosa ¿hay que probarla?

LOS TRES ¡¡Sí!! (Igual.)

TEOD. ¡Pues se probará! ¿En quien? ¡¡En uno de nosotros!!

PANT. ¡Arrea!

OLIM. ¿Cómo?

BASIL. ¡Bombas! Este tío está como una cabra.

TEOD. ¡En uno de nosotros! ¡Oh, sí! Tengo el asunto bien estudiado. La feminosa produce efectos en el hombre también.

PANT. Pero, bueno, que yo me entere. ¿Qué efectos produce? Porque..., ¡caray!..., convertirme yo en una tanguista..., ¡la verdad!...

BASIL. ¡Exacto! Que yo soy un hombre serio y... ¡estilográfico, no! (Hace un marcado gesto afeminado.)

OLIM. No está exento de razón el amigo Teodomiro. En nosotros, la inyección producirá ciertas aficiones femeninas, en el buen sentido de la palabra, se entiende.

PANT. ¿A qué le llama usted el buen sentido?

OLIM. A cierta inclinación a los quehaceres de las señoras. Carácter más dulce..., corazón más impresionable...

TEOD. Justo. Fregar la escalera..., saltar a la comba...

BASIL. (Muy fiero.) ¿Saltar a la comba...? ¡A mí no hay quien me dé tocino!

TEOD. Aquí tengo cuatro jeringuillas: tres con agua y una con feminosa. Sorteémoslas y al que Dios se la dé...

PANT. ¡Pero, hombre!...

TEOD. ¡Eso!..., o el vitriolo al que se niegue. (Hace ademán de sacar un frasco del bolsillo.)

OLIM. Tiene razón. Venga. (Le coge las jeringas y las mezcla. A Don Pantaleón.) Escoja...

PANT. (Mirándolas.) Hay una más llena; no juego. (Medio mutis y Teodomiro le sujeta por el cuello.)

TEOD. ¡Vamos! (Muy enérgico.)

PANT. (Achicado.) Está bien, hombre. (Coge una.)

OLIM. (A Basiliso.) Usted.

BASIL. ¡Mil truenos! (La coge.)

OLIM. (A Teodomiro.) Tú. (Teodomiro hace lo que los otros.) Y yo. Vamos. (Cogen cada uno una silla y la adelantan al primer término, colocándolas en fila, frente al público. Don Pantaleón se retrasa algo.)

BASIL. (A Don Pantaleón, con gran furia.) ¡Vamos! ¡A sentarse, pronto!

OLIM. (Después de sentarse todos.) Prevenidos. En la molla de la pantorrilla. Un solo pinchazo con decisión. (Todos se preparan levantándose los pantalones.)

PANT. (Mirando las pantorrillas de los otros.) ¡Qué pantorrillas mas feas! Me da risa. ¡No me la pongo! (Se intenta levantar. Los otros le gritan y vuelve a sentarse.)

BASIL. ¡Que le doy un tortazó que le aplasto!

TEOD. Y sin hacer trampas. No vale ponérsela en el zapato. ¡Preparados! ¡A una! ¡A dos! ¡Y a tres! (Se ponen la inyección, dando un pequeño grito de dolor al pincharse. El de Don Basiliso es un rugido.)

OLIM. Y ahora a esperar los efectos que serán rapidísimos. (Se miran unos a otros con ansiedad. Pausa.)

PANT. Me veo convertido en una segunda tiple.

BASIL. (Gruñendo.) ¡Maldita sea mi existencia! ¡Brrrr!

(Pausa, después de la cual Teodomiro pone una cara dulcísima y exclama con acento muy cursi:)

TEOD. ¡Ay!

LOS OTROS (Mirándole asustados.) ¿Qué?

TEOD. ¡Ay, vida!

BASIL. ¡Ya ha caído! ¡Ya ha caído!

TEOD. Si es que me acuerdo de mi Anuncia.

TODOS ¡Ah...! (Nueva pausa, durante la cual se miran escamados. Después de ella, Don Pantaleón hace unos gestos raros con la cabeza.)

PANT. Parece que noto un picor.

LOS OTROS ¡Eh? ¡A ver!

BASIL. ¡Hale! ¡Hale! A fregar la escalera!...

PANT. (Quitándose algo del cuello.) Es una polillita.

LOS OTROS ¡Ah!

BASIL. (Sin dejar de gruñir.) ¡¡Demonios coronados!!

OLIM. Pero, cállese usted, ¡hombre de Dios!

BASIL. (Furioso.) No quiero, ¡imbéciles! Déjenme, por lo menos, protestar de esta ridícula situación a que hemos llegado... ¡Maldita sea!... ¡Que yo me tenga que prestar a!... ¡¡Ira del Averno!!... ¡¡¡Bombas!!! (De pronto hace una contorsión, vuelve los ojos y luego pone una sonrisa plácida de querubín.)

LOS OTROS ¿Qué pasa? (Con ansiedad.)

BASIL. (Con voz suave y acariciadora.) No... nada. ¡Mecachis en la mar!

LOS TRES ¡Eh! (Se levantan los cuatro.)

PANT. ¡Que ya no dice bombas!

OLIM. Pero... ¿nota usted algo?

BASIL. No...; nada..., Olimpio queridísimo. Les voy a hacer a ustedes un postre de cocina. (Medio mutis.)

TEOD. ¡Por fin! ¡¡¡Este es!!!

BASIL. Pero, ¡cómo lleva usted el traje, Pantaleoncito!

PANT. (Huyendo.) ¡Eh! ¡A mi no se me acerque, caray!

BASIL. Voy a decir que pongan unas planchas y yo mismo... ¡Enseguida! No faltaba más. Y voy a ver también si Frasquita la camarera tiene algo que coser. Hasta luego. (Mutis muy cómico por la derecha.)

PANT. (Gritando por la misma lateral.) ¡Frasquita! Que ahí va la Robustiana, una chica para todo.

OLIM. Pero, ¿qué dice usted?

PANT. A mí este tío me paga los rayos y las bombas. A este le empleo en el cuerpo de casa y no le dejo salir más que cada quince días, aunque se sindique.

TEOD. Lo que importa es que la feminosa es útil. ¡Hurra por la feminosa!

OLIM. ¡Estamos salvados!

PANT. ¡Ole con ole!

TEOD. Anuncia, dentro de poco me pedirás tú misma que te abrace. (Se van los tres cantando y bailando por la derecha. Por la segunda izquierda, sale VERONICO, misteriosamente.)

VERON. (Mirando la puerta del cuarto de Pepita.) Este debe ser el cuarto de mi mujer. Menos mal que ese sótano donde me han encerrado tiene las rejas de mantequilla, que si no... (Llama en el cuarto con precaución.) ¡Pepita! ¡Pepita! No contesta. Soy yo, tu marido. (Empuja un poco la puerta.) ¡Ah! Está abierto. ¡Me cuelo y planearé mi venganza! (Entrando.) ¡Qué oscuro está esto! (Se mete en el cuarto.) (A poco sale FRASQUITA con una bandeja y servicio de cenar. Tras ella DON PANTALEÓN.)

PANT. Oye, Frasquita, ¿dónde vas?

FRASQ. A dejarle la sena a la «señita.»

PANT. Trae, y no te ocupes de eso. Ha dicho Pepita que la cena la entre yo.

FRASQ. ¿Usté? (Se echa a reir.) Tenga. (Le entrega la bandeja con todo.)

PANT. ¿De qué te ríes, niña?

FRASQ. De ná.

PANT. Toma la llave y ábreme. En este bolsillo está.

FRASQ. Sí, señor. (Le coge la llave de un bolsillo de la americana y se limita a empujar la puerta del cuarto de Pepita, que cede.) Ya está; pase usted.

PANT. (Entrando en el cuarto.) ¡Me voy a hinchar!

FRASQ. (Riendo.) ¡Anda ya, viejo verde! La «señita» está en el jardín. (Va a hacer mutis por la izquierda, a tiempo que llega DON OLIMPIO por la derecha.)

OLIM. Oye, Frasquita. ¿Sabes dónde se ha metido Don Pantaleón?

FRASQ. ¡Ahí! (Ríe.)

OLIM. ¿Con Pepita?... Pero, ¿de qué te ríes?

FRASQ. De ná. (Siguen hablando. En el cuarto de Pepita se oyen golpes y ruido de vajilla que se rompe. Enseguida sale DON PANTALEON, violentamente despedido, echándose mano a un ojo.)

PANT. (¡Mi tiá! He llegao a oscuras hasta el centro del cuarto, he dicho un «¡guapa!, ¿dónde está usted?», me han cogido de la mano, me han tocado la cara y ¡me han soltado un puñetazo en un ojo como pa desmayarse! Yo no me lo explico en esta mujer.)

OLIM. (Reparando en Don Pantaleón.) ¿Qué? Supongo que eso habrá sido hincharse. (Frasquita se va por la derecha.)

PANT. De tó puede haber. Pase usted y se convencerá.

OLIM. ¿Usted cree?

PANT. Pan comido. (Entra Don Olimpio alborozado en el cuarto de Pepita.) (Le lisia.)

TEOD. (Por la derecha.) ¿Qué, Don Pantaleón? ¿Entramos ya la cena?

PANT. Está Don Olimpio.

TEOD. Hombre, que eso es trampa... Que me tocaba a mí cobrarme de mis desventuras.

PANT. No te preocupes, que a él puede que le toque cobrar también. (Ruido de algo que se cae en el cuarto de Pepita. Sale DON OLIMPIO llevándose la mano a un vacío.)

OLIM. (¡Rediez, qué puñetazo!)

TEOD. (Al verle.) ¿Qué? ¿Ha dado ya el golpe?

OLIM. ¿El golpe...? ¡Me he puesto a caldo! Pase usted un ratito. (Cuando Teodomiro se dispone a pasar, se escuchan por la derecha, risas de mujeres, entre las que sobresale la de Pepita.)

TEOD. ¿Eh?

OLIM. ¿Qué es eso? (Por la derecha salen PEPITA, AURORA, ANUNCIA y LILI.)

PANT. (Al verlas.) ¡Eh!

PEPI. Perdonen ustedes que me haya escapado,

	pero tenía grandes deseos de conocer a sus señoras. (A ellas.) ¿Verdad?
AURO.	Es simpatiquísima.
ANUN.	Nos hemos hecho muy amigas.
PANT.	Pero, entonces, ¿quién me ha pegado a mí?
OLIM.	¿Y a mí? (VERONICO sale del cuarto de Pepita.)
VERON.	Pero, ¿se puede saber a qué viene tanto entrar y salir?
PANT.	¡¡¡Cómo!!!...
TEOD.	Y se habían ustedes hinchado... ¡Vamos, formalidad! (Ríen todos menos Pantaleón y Olimpio.)
BASIL.	(Que sale por la derecha con un delantal de cocina, un gorro de cocinero y una salsera en la que agita con una cucharilla.) ¡Por favor, no metan tanto escándalo que se me corta la mayonesa!
PEPI.	Pero, ¿qué hace este hombre?
PANT.	De pincha. Ya lo ve usted. (Risas. Cuadro y telón rápido. Intermedio en la orquesta.

CUADRO SEXTO

(Cortina en primer término.)

(Ante ella salen DON PANTALEÓN, DON OLIMPIO y TEODOMIRO.)

OLIM.	¡Magnífico, Don Pantaleón! ¡Es usted el amo organizando festivales!
PANT.	Y que el de esta noche va a hacer época.
TEOD.	Pero ustedes, ¿creen que esta noche lograremos poner a nuestras mujeres la inyección de feminosa?
PANT.	Natural, hombre. Por algo figura en el programa el número de las abejas y las flores.
LOS OTROS	¡A ver! ¡A ver!

PANT. Muy sencillo. Ustedes ya conocen el programa. (Saca un papel.) Primer número: «La hora azul de Broadway». Fantasía completamente neoyorquina.

OLIM. Muy bien.

PANT. Después, un numerito vocal e instrumental, que interpretará Anuncia, la mujer de éste, que está sin estrenar.

TEOD. (Muy triste.) Sí, señor.

PANT. Me refiero al número. Y a continuación, mi truco maravilloso: el número de las abejas y las flores. Como ustedes saben, nuestras esposas figuran ser flores: mi mujer es una dalia, la de usted es una rosa y la de éste es una lila. Y, enseguida, salimos nosotros que hacemos de abejas. Y libamos. Pero al libar, clavamos el aguijón que en este caso es la jeringuilla con la feminosa. Cuando se quieran dar cuenta están todas inyectadas.

TEOD. Oiga usted. Y, ¿cuándo canto yo mi número?

OLIM. ¿Cuál?

PANT. Este, que quiere cantar una barcarola, acompañado de veinticinco señoritas.

TEOD. Me había usted dicho que cincuenta. ¿Cuántas son, en definitiva?

PANT. (Sin hacerle caso. Medio mutis con Don Olimpio.) Cosas de este chico que se empeña en...

TEOD. (Impaciente.) Don Pantaleón, que ¿cuantas son...?

PANT. Veinticinco y... tú, precioso. No seas pesado. Vamos a ver el número «La hora azul del Broadway. Fantasía neoyorquina.

OSCURO Y MUTACIÓN.

CUADRO SÉPTIMO

(Aparece primero un telón corto, negro todo él, y un trasto con un farol encendido. Así se estrenó en Madrid. Pero el pintor puede hacer otra cosa, dejando volar más su fantasía. Por ejemplo: un telón corto de noche, con una perspectiva de gran boulevard y edificios difuminados en la oscuridad, y una doble hilera de focos encendidos que se pierden en la lejanía. Ante este telón salen «ELLA» y «EL.» Ella vestida fastuosamente de dama elegantísima, fantaseando el traje todo lo que se quiera. El—representado por una señorita también—con un frac ajustado y chistera, pero con las piernas al aire.

Música.

ELLA — Es la noche ideal
en el loco Broadway. (1)
Van buscando el placer;
van, los que adoran el jazz-ban
y las burbujas del champán.
¡Divino Broadway!
¡Soy la novia fatal!
(A EL:)
¡Ven, que en mi encontrarás
un cariño ideal!

—

EL — En Broadway
siempre hay
lindas chicas como el sol;
ellas son
lo mejor
de un ruidoso «musijol.»

ELLA — En Broadway
siempre hay

---

(1) Pronúnciese siempre «Brodguay.»

lindas chicas como el sol
que sabrán divertir
a un joven soñador.

—

VOCES (Dentro.) En Broadway
siempre hay
etc., etc., etc.

(Ella y El silban el tema del número y hacen mutis cogidos del brazo.)

OSCURO Y MUTACION

Desaparece el anterior telón y, a todo foro, vemos un decorado fantástico de grandes rascacielos sobre un fondo de cielo azul muy fuerte. En el centro—como presidiendo todo aquello—una monumental estatua de la Libertad iluminando al mundo. Todo hecho en un estilo muy moderno, con adornos de estrellas plateadas y grandes franjas de color de la bandera norteamericana que cruzan a uno y a otro lado del escenario en abigarrado conjunto de luz y colorido. Hay que dar una impresión escenográfica moderna, casi futurista, del Broadway neoyorquino durante la noche. Los edificios estarán iluminados y preparados para poder oscilar en un momento oportuno dando la impresión de que bailan. Asimismo, la estatua de la Libertad estará articulada para que mueva los brazos y las piernas y suba y baje la antorcha, como si bailara.

(Gran número americano. Todos los trajes muy ligeritos y de pura fantasía, hechos a base de los colores de la bandera norteamericana con sus famosas estrellas plateadas. El bailable debe montarse modernamente, sacando diversos grupos de bailarinas, que cruzan la escena y hacen mutis para volver a surgir un nuevo grupo, quedando siempre en escena la primera Bailarina y el Bailarín, si lo hubiese. Unos momentos antes de la parte cantada sale a escena toda la Compañía: delante las primeras figuras y, detrás, el conjunto.)

TODAS Broaway dichoso,
tu nombre es famoso;

Broadway, prometes
locura
de una aventura
de grato amor.
Broadway, entero
gozarte yo quiero.
¡No hay más placeres
que en mi Broadway!

(Gran escándalo final. Bailan los rascacielos. Baila la estatua de la Libertad, baila la Compañía entera, y entre los gritos de todos, cae el telón.)

CUADRO OCTAVO

Telón corto. Pasillo del hotel balneario, o rotonda de columnas del mismo.

(En escena DON PANTALEÓN y TEODOMIRO. Están algo agazapados, como si se escondieran.)

PANT. ¿Se alejan?

TEOD. (Mirando hacia la izquierda.) Si, señor.

PANT. ¡Ay, Teodomirito de mi alma! ¡Que yo no creí nunca que la feminosa diera estos resultados tan terribles!

TEOD. ¡Cómo se han puesto con la inyección!

PANT. ¿Ves este tafetán? (Por uno que lleva en la cara.) Pues es un mordisco de entusiasmo que me ha dado Frasquita, la camarera, en el comedor.

TEOD. Pues si eso es en público, ¡calcúle usted cómo serán en privado!

PANT. Yo no quiero ni pensarlo, porque te confieso que ahora las he tomado miedo. Uno no está para muchas bromas. Oye, ¿y Anuncia?

TEOD. Pues esta mañana la ha empezado a hacer efecto la feminosa... y qué cara me habrá puesto, que he salido huyendo del cuarto y me he subido a una acacia.

PANT. ¡Pues sí que has quedao bien, rico! (Por la izquierda sale DON OLIMPIO.)

TEOD. (Con ansiedad.) ¿Qué?

OLIM. La medicina sigue haciendo sus efectos.

PANT. ¿Y mi mujer?

OLIM. ¡Oh! En esa los efectos son terribles. La hemos tenido que amarrar.

PANT. ¡Pobrecilla!

OLIM. No hace más que llamar a gritos a un hombre.

PANT. A mí, claro.

OLIM. A uno de los camareros del Hotel.

PANT. ¡Demonio que infame! (Por la izquierda sale FRASQUITA, que al ver a Don Pantaleón da un grito de entusiasmo.)

FRASQ. ¡Oh! ¡Al fin! ¡Chato precioso! (Don Olimpio y Teodomiro se van huyendo.)

PANT. ¿Yo chato?

FRASQ. ¡Bonito tú! (Va a lanzarse sobre él, pero Don Pantaleón sale corriendo, derecha.)

PANT. ¡No! ¡Más mordiscos, no! (Váse.)

FRASQ. ¡Espera, presioso! (Mutis persiguiéndole.) (Por la izquierda sale DON BASILISO, haciendo crochet.)

BASIL. Uno, dos, tres. Cadeneta... Uno al aire. Uno, dos, tres... (Por la izquierda, AURORA y ANUNCIA.)

AURO. ¡Por fin! ¡Uno a mi alcance!

ANUN. ¡Y al mío! (Van hacia Don Basiliso, le rodean y le abrazan.)

AURO. ¡Hermosura!

ANUN. ¡Encantito!

BASIL. Les voy a enseñar a ustedes un punto de crochet...

ANUN. Pero si no es eso lo que queremos de tí, sino amor. (Muy melosa.) ¡Abrázame!

BASIL. Señora, yo...

AURO. ¡Y a mí! (Igual juego.)

ANUN. ¿No estás bien así?

BASIL. (Que las va abrazando cada vez con mayor intensidad.)

¿Yo...? Pues... (Hace gestos.) ¡Diantre! Parece que despierta en mí algo.

ANUN. Sí, ¡que despierte!

BASIL. Pues... claro. (Cambia la voz a la suya natural.) Están muy bien... ¡Rayos!

LAS DOS ¿Cómo?

BASIL. Deliciosas y subyugantes. ¡¡Bombas y truenos!! (Las abraza con fuerza.) (Por la derecha DON PANTALEON seguido de TEODOMIRO.)

TEOD. (Al ver el cuadro.) ¡Mi Anuncia abrazando a otro! Pero, ¡qué pata tengo!

PANT. Y este tío ya dice bombas otra vez. Con él no puede ni la feminosa. (Por la derecha, DON OLIMPIO, asustado.)

OLIM. Señores, ¡qué contrariedad! A Pepita «la Charlestón» le ha sucedido algo terrible. Aquí viene con su marido. (Efectivamente, llegan PEPITA y VERONICO. Aquélla muy displicente y éste frotándose las manos.)

PEPI. (A Verónico.) No, no estés siempre tan cerca de mí. Los hombres me molestan. ¡Qué asco!

TODOS (Sorprendidos.) ¿Eh?

VERON. (Muy alegre.) ¡Muy bien, muy bien, hijita!

TEOD. (A Verónico.) Pero, ¿qué le pasa?

VERON. (Muy contento.) Nada. Que ha tomado tres vasitos del agüita deliciosa del manantial. (Se frota las manos.) Ya no hay amiguitos, ya no hay tertulitas... ¡Ya!... ¡Ya!...

OLIM. Y lo peor es que no queda una sola gota de feminosa. Voy al laboratorio por si acaso. (Mutis por la derecha.)

VERON. Y, ahora, a Madrid, nenita. A nuestra casita.

PEPI. Sí, sí. Donde no vea hombres.

AURO. Voy en busca de mi marido para que no sufra más.

ANUN. Y yo a mi cuarto a esperar el perdón de mi Teodomirito. (Vánse los dos por la izquierda.)

TEOD. (A Anuncia.) Ya verás por infame.

VERON. Y nosotros, al tren. Señores, encantado de haberles conocido. ¡Me voy muy contentito!

BASIL. ¡No hay derecho! ¡Una señora tan monumental.

VERON. ¿Vamos, Pepita?

PEPI. Pasa tú primero. (Mutis de Verónico por la izquierda. Inmediatamente se dirige Pepita a los tres hombres y les dice en voz baja y rápidamente:) No hagan ustedes caso. Lo del agua ha sido un truco mío para que mi esposo no vuelva a dudar de mí. En Madrid, Alberto Aguilera, 78, tienen ustedes una buena amiga para todo... (Al mutis por la izquierda.) ¿Comprendido? (Silabeándolo.) Pa-ra to-do. (Les tira un beso y váse.)

PANT. ¡Olé las mujeres!

BASIL. Mañana saco un kilométrico. ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! Pensar que ya no tengo que limpiar los dorados ni fregar la vajilla.

PANT. Una vez más, ellas nos han vencido. La feminidad triunfa siempre, con inyecciones o sin ellas. Desde Eva hasta nuestros días, las mujeres son las amas del mundo. (Lo dice con tono de discurso muy ridículo.)

TEOD. Don Pantaleón: ¿va usted a escribir un drama de vanguardia?

PANT. No; pero si tuviera que escribir una revista no dudaría en el cuadro final. Y que no se iba a llamar más que lo siguiente: «El triunfo de la feminidad.»

OSCURO Y MUTACION

CUADRO FINAL

Decorado a todo foro. Jardín fantástico con grandes y frondosos árboles llenos de manzanas doradas. En el centro, gran escalinata entre arcos de flores, bordeadas por manzanas también. En el telón de foro debe verse pintada una alegoría de Eva y la manzana en el Paraíso. Decorado y trajes, entonados en oro.

Música

(Desfile de todas las figuras femeninas de la Compañía con caprichosos trajes en oro, adornados con la fruta del pecado. Los de las segundas tiples deberán ser todos iguales; en cambio, las primeras partes de la Compañía deben lucir modelos diferentes.)

TODAS

Broadway dichoso
tu nombre es famoso
etc., etc., etc.

TELÓN

FIN DE LA HISTORIETA COMICA

OBRAS DE JOAQUIN VELA

«La última canción», boceto de comedia en un acto (1).

«El secreto de la Cibeles», disparate mitológico en un acto. Música del maestro Alonso (1).

«Arroz y tartana», adaptación escénica en cuatro actos de la novela de Blasco Ibáñez (1).

«El otro camino», comedia en dos actos (1).

«La tamborilera», zarzuela en un acto. Música del maestro Alonso (1).

«¡Hay que ver! ¡Hay que ver!», sainete en un acto, consecuencia de «La Montería». Música del maestro Fuentes (1).

«La danza de Salomé», zarzuela cómica en dos actos. Música de los maestros Fuentes y Camarero (1).

«Las Vírgenes eternas», revista en dos actos. Música de los maestros Cases y Barbaglia (1).

«¡Vaya jarana!», parodia de «La Bejarana». Música de los maestros Vela y Sancha (2).

«¡Eh! ¡¡Eh!! ¡A Novedades!», apropósito en un acto. Música del maestro Cases.

«La guardia real», zarzuela en dos actos. Música del maestro Cases (1).

«Las islas Jha-jhá», pasatiempo en medio acto. Música del maestro Cases.

«Por qué fué don Juan «tenorio», antecedente de «Don Juan Tenorio». Música de los maestros Penella y Roig (2).

«¡Deme usted su ropa!», entremés vodevilesco.

«American-Bar», sketch cómico lírico. Música de los maestros Muñoa y Miranda.

«Un rapto en Venecia», sketch lírico. Música de los maestros Muñoa y Miranda.

«¡Señoras..., a votar!», apropósito en medio acto.

«Lo que cuestan las mujeres», humorada cómico-lírica en un acto. Música del maestro Rosillo (3).

«El milagro de San Cornelio», cuento popular en acción en medio acto. Música del maestro Penella.

«Todo el año es carnaval o Momo es un carcamal», fantasía humorística en un acto. Música del maestro Rosillo (1).

«La travesura der niño», juguete cómico-lírico en un acto. Música del maestro Rosillo (1).

«El curiosígrafo», sketch cómico-científico (3).

«Noche loca», revista en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«Yo quiero ser guapo», pasatiempo en un acto. Música del maestro Rosillo (1).

«El país de la revista», fantasía humorística en dos actos. Música del maestro Rosillo (1).

«Las lloronas», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«Paca, la morena o el figón de Curtidores», sainete lírico en dos actos. Música del maestro Roig (4).

«¡Por si las moscas...!, historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«¡Es mucha Cirila...!, sainete en dos actos. Música del maestro Rosillo (1).

«La terraza», entremés sainetesco. Música del maestro Alonso (3.)

«Colibrí», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Rosillo (3).

«Me acuesto a las ocho», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«La niña de la mancha», historieta cómico-vodevilesca en tres actos. Música del maestro Rosillo (3).

«Las pavas», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Rosillo (5).

---

(1) En colaboración con Ramón María Moreno.
(2) En colaboración con José Silva Aramburu.
(3) En colaboración con José L. Campúa.
(4) En colaboración con Serafín Adame.
(5) En colaboración con Enrique Sierra.

Precio: 2,50 pesetas